
PRIMER CONGRESO DE ESCRITORES Y ARTISTAS
AGOSTO

director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando fernández
dirección artística: raúl martínez y miguel cutillas
fotos de mayito, roberto salas y archivo
nb. 111, junio 26 1961





CUBA, PRIMERAS IMPRESIONES

JOSE REVUELTAS

NACIDO EN DURANGO, DGO., MEXICO 20 DE NOVIEMBRE DE 1914.

OBRAS PUBLICADAS:

LOS MUROS DE AGUA (Novela)
EL LUTO HUMANO (Novela)
DIOS EN LA TIERRA (Cuentos)
LOS DIAS TERRENALES (Novela)
EN ALGUN VALLE DE LAGRIMAS (Novela corta)
LOS MOTIVOS DE CAIN (Novela corta)
DORMIR EN TIERRA (Cuentos)

TEATRO:

ISRAEL (Tres actos)
EL CUADRANTE DE LA SOLEDAD (Dos partes, diez cuadros)

NOS ESPERAN EN ABRIL (Tres actos)
Luego: folletos políticos, ensayos, etc.
Ahora está en La Habana, filmando una pelicula para el ICAIC.

Exclusiva de PRENSA LATINA

Cuba... Cuba... Pero ¿qué diablos pasa en Cuba? ¿Qué sucede en este país del que se ocupan sin cesar, día con día, desde hace más de dos años, los periódicos, las radiodifusoras, los noticieros cinematográficos y de televisión, los comentaristas de toda índole y la opinión pública del mundo entero? ¿Qué, en esta pequeña Isla cuya población apenas está por llegar a los siete millones de habitantes?

Como ocurre siempre cuando sé descubren las respuestas más naturalmente sencillas a los problemas de apariencias más complicadas, la cuestión radica en una aparente simpleza: Cuba es un país que está loco de remate; más loco de lo que en sus momentos de máxima locura estuvo el México revolucionario de otros años mejores, que ya es decir bastante.

Este paralelo nos ayuda a comprender mejor en qué consiste, así, la locura de Cuba: la increíble locura de querer **existir**, pero, además, la de haberlo logrado y la de seguir existiendo, desde ahora, sin remedio y para siempre, a despecho de los banqueros y monopolistas norteamericanos que no acaban de comprender lo ocurrido y querrían con toda su alma que no se tratase sino de una angustiosa pesadilla.

Un país rematadamente loco, esto es, ¡ah!, pero que no quiere volver ni volverá nunca a su vieja cordura colonial de país que caminaba como sonámbulo, sumiso y ausente, a través de la historia, cifrando su cordura de locas esperanzas en la "conveniencia" de no romper ese abyecto matrimonio con el amo imperialista del Norte, nupcias vergonzosas que de tal modo defendieron y bendijeron siempre todos los gobernantes de Cuba anteriores a la Revolución del 1ro. de Enero de 1959, desde el "asno con garras" que decía Martínez Villena, de Machado, hasta Batista, ese tigre con pezuñas.

Tal es el secreto —y no secreto a voces, sino a gritos— de Cuba: de una vez y por todas se lanzó a existir, se disparó como un joven potro jubiloso, seguro de la resistencia de sus músculos y de la saludable alegría combatiente de esa audacia tan nueva, tan nunca vista, tan suya, tan cubana, con que aparece la primera Revolución Socialista del continente americano.

He aquí su rasgo definidor: una Revolución jovial, una Revolución de jóvenes, pero no, aún más, una Revolución casi de niños. Hoy vemos inverosímiles muchachitos y muchachitas de quince, de catorce años, todavía la expresión incierta, los ojos cándidos y desprevenidos —no obstante el espíritu firme, ferviente, concentrado en la inmensa tarea: ángeles serios construyendo el cielo a cargo de las defensas antiáreas.

Primero tuvieron que disgustarse con sus padres para hacer la Revolucion (y sus padres eran veteranos de la lucha contra el machadato): naturalmente fue necesario ha-

cer la Revolución sin el permiso paterno. En los hogares de Santiago, de Santa Clara, de La Habana, la inquietud y el sufrimiento de los mayores no eran a causa de los peligros de extravío o desbarajuste moral a que estuviese expuesta la adolescencia. No debió sufrir menos por sus hijos, ni un milésimo de grado menos, un crecido, un abrumador número de madres norteamericanas de aquellos días, de aquellos meses, de aquel tiempo compacto, macizo, singular, que en Cuba era el de la Sierra Maestra y el de la lucha clandestina contra la Dictadura. Peor aún, esas madres de la altiva Norteamérica padecen amarga y desesperadamente todavía hoy. Pero entonces sufrieron al mismo tiempo que las madres de Cuba a quienes la Dictadura había colocado un eterno nudo de sollozos en la garganta. Mas, ¿por qué sufrían?

Los adolescentes de Cuba, los muchachos y las muchachas del 26 de Julio o del Partido Socialista Popular —los jóvenes comunistas, los del Directorio, los activistas de la clandestinidad entera llegaban por las noches a sus casas, sencillos, graves, callados, disimulando la indecible ternura que les oprimía el pecho, tratando de que no saliera a la superficie la menor arista de luz de aquella llama que era su vida de hermética, silenciosa heroicidad— y no sólo se trataba del pudor que siente el héroe verdadero. Sin embargo, el disimulo resultaba insuficiente para impedir que la dolorosa perspicacia de la madre no adivinara el palpitante secreto de su hijo cubano. Advertía ese secreto como en virtud de una evidencia sobrenatural, revelada, llena de una aplastante certeza, pero no en una supuesta vida de desórdenes, de francachelas y cinismo, sino en todo lo contrario: en lo austero, en lo puro de aquel muchacho, ¡ay!, demasiado austero, demasiado puro. Más tarde o más temprano los esbirros de la dictadura terminaban por golpear la puerta de las casas y poco después los cuerpos de esos adolescentes aparecían en la cuneta de las carreteras, deshechos, torturados, escarnecidos, sin que las madres cubanas hubiesen ignorado jamás que tal iba a ser el destino inexorable de sus hijos.

Cierto, tampoco esas madres norteamericanas de que hablamos ignoraban el destino de sus propios hijos. Al mismo tiempo también se golpeaba a la puerta de ciertos hogares en la gran Democracia Norteamericana, pero aquí los golpes no eran para sacar de su casa a un joven héroe, sino para conducir hasta los edificios de inútiles reformatorios a ese impresionante ser que representa uno de los fenómenos más irracionales, más característicos de lo inhumano de la descomposición social del capitalismo, que es el pandillero juvenil.

Terrible contraste entre dos sufrimientos y dos juventudes, sin que, por supuesto, pretenda confundirse al conjunto de la juventud norteamericana —anestesiado, empero, insensibilizado por la indiferencia— con la minoría de pandilleros que ha podido formarse en su seno: ya es suficientemente trágico el síntoma de que su única actitud de protesta sean la ceguera rabiosa y la desesperación sobria, solitarias y sin rumbo, de sus delincuentes. Que el sufrimiento, pues, de esas madres norteamericanas, deje de ser sórdido y sin orgullo, y que la infecunda rebeldía antisocial de sus hijos pueda convertirse en acción noble y desinteresada —como en las madres y en los jóvenes de Cuba—, al servicio del ser humano, es cosa que está a cargo de la conciencia de los norteamericanos mismos y de lo cual, sin embargo, no podrán menos que responder a su tiempo ante todos los demás hombres de la tierra, si es que no saben o, lo que aún resulta más acusador y más culpable para ellos, si es que no quieren despertar de ese dorado y nauseabundo letargo sin principios y ya casi sin dignidad, en que se encuentran sumergidos.

Bien; pese al triunfo del Movimiento 26 de Julio, y aún en la Cuba del presente que ya marcha por las vías socialistas del desarrollo, los jóvenes —quedamos que niños— continúan riñendo con sus padres por las mismas causas de aquel entonces, cuando adolescentes en un pasado tan próximo que todavía no les permite llegar hoy a la edad de hombres maduros, combatían en la Sierra Maestra o conspiraban en las ciudades de la Isla. ¡Si cuando menos no quisieran entregarse a la Causa de un modo tan absoluto, tan por entero, tan insensato y lleno de desconsideración hacia los viejos!, parecen decir algunos padres. Pero no sólo parecen decir; lo dicen. Ahí está la campaña de alfabetización. Decenas de miles de chamacos de las escuelas se desparraman por toda la Isla, como frenéticas hormigas, para enseñar a leer y escribir a los campesinos. Los padres rezongan nuevamente; casi es cómico de tan maravilloso, de tan conmovedor. Hace unos días **Prensa Libre** daba cuenta del hecho en las líneas que copio enseguida:

"Casi todos los voluntarios piden lo más difícil. Los chiquillos quieren ir a Oriente, a la Sierra, al Turquino. Los padres protestan y quieren cambiarlos, pero es la decisión del alfabetizador lo que cuenta".

¡La decisión del **alfabetizador** (o sea del terco muchachito) es lo que cuenta! ¡**Vamos, caballero!**, como exclamaría un cubano.

¿Qué es esto, Cuba? ¿Te das cuenta de que estás subvirtiendo de raíz las más sagradas instituciones, la augusta autoridad de los jefes de familia? ¡Enhorabuena! Sigue por ahí, Cuba, "pa'lante y pa'lante", como tú misma dices.

Pero aún añade **Prensa Libre** cierta anécdota. Se trata de un diálogo entre una joven madre y el chiquillo alfabetizador, su hijo, en un centro de entrenamiento, de nombre Varadero.

"Dice tu padre que te lleve otra vez a La Habana, que Jiguaní queda demasiado lejos".

Y replica el chiquillo:

"No. Dile que yo no doy un paso atrás".

"Mirándolos así —comenta **Prensa Libre**— en las clases, en el entrenamiento, más firmes y serenos que sus propios padres, uno se pregunta: ¿cómo será la Cuba del futuro?"

¿Cómo? Una fiesta sin fin, un canto de alegría para saltar de dicha, para morirse de puro gusto.

(¿La dejarán en paz? ¿La dejarán construir su socialismo cubano, universal, internacionalista, proletario? No importará dar la vida y más que la vida, la muerte y más que la muerte, por defenderla, por salvaguardarla, por hacerla llegar hasta el punto más alto de su definitiva victoria).

—2—

Otro aspecto de la Cuba revolucionaria de hoy, de la Revolución cubana que adopta el franco camino socialista precisamente después de la derrota de los mercenarios en Playa Girón: Cuba lee, Cuba tiene una sed inmensa de lectura y trata de calmarla sin que logre saciarse.

Causa una impresión muy curiosa, para decirlo de algún modo (podría ser asombro, perplejidad, pero es algo mucho más profundo), una emoción en que entran elementos de cariño, de extraño e indefinible agradecimiento a cuenta de quién sabe qué, de entusiasmo, impregnado todo ello de calor humano y de palpitante solidaridad, ver en las manos de la gente, bajo sus brazos, en la calle, en los restoranes, en los Comités de Defensa de la Revolución, en las trincheras de sacos de arena que hay en los edificios públicos, en los ómnibus (guaguas, para los cubanos), los libros que llevan. No simplemente que lleven libros, ni simplemente que lean, sino la clase de libros y la clase a que pertenece la gente que los lee. ¡Filosofía, lógica, historia, economía!, y no en manos universitarias o de personas que tengan el inconfundible aspecto intelectual. No: negritas bullangueras de ojos llenos de atenta sorpresa, esculpidas dentro del vestido de restallantes colores, milicianas de los sindicatos, con el fusil en banderola y el ceño con un rictus reflexivo mientras la mirada recorre las líneas del último discurso de Fidel; de la Geografía de Núñez Jiménez o de los Fundamentos del Socialismo en Cuba, de Blas Roca; cooperativistas del campo que sentados en el "balance" (como llaman en Oriente a la silla mecedora) oscilan con lánguido impulso a la puerta de sus casas, por las tardes, con el libro abierto ante el rostro de expresión adusta y concentrada, de quien empieza a comprender una verdad nueva; pescadores de Batabanó, sobre la cubierta de sus barcos la espalda apoyada contra alguna de las bandas y los ojos fijos con asomo de hipnosis sobre las rodillas que sirven de atril a Los Bienes Terrenales del Hombre, uno de los libros de mayor demanda en las últimas semanas.

He aquí, a título de ejemplo, algo de lo que fuimos testigos el novelista Soler Puig y yo en Camagüey.

Aguardamos en el Puerto Aéreo a que llegue de La Habana el avión que seguirá en ruta a Santiago ("De Camagüey a Santiago, de Santiago a Camagüey", recuerdo los versos con que evoca Nicolás Guillén a su María Belén Chacón). Vamos a la heroica y valerosa Santiago de Cuba, a donde nos dirigimos en razón de preparar la película que el ICAIC (Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos) producirá basada en **Bertillón 166**, la extraordinaria novela de Soler Puig.

En la sala de espera del aeropuerto hemos asistido momentos antes al espectáculo que ofrece la despedida de cuatro o cinco monjitas, quienes —sin duda por orden de sus superiores jerárquicos— se marchan a la España de Franco, pero quieren darle a su viaje todo el dramatismo de un destierro forzoso, al que deberán rodear la compunción y las lágrimas de los "verdaderos" espíritus cristianos. Se encargan de desempeñar este último papel (y no hay por qué negar que con notoria buena fe, víctimas evidentes del engaño) unas cuantas damitas pertenecientes a las antiguas familias de Camagüey. Las pobres jóvenes ricas derraman copioso llanto y sufren acometidas de histeria ante la partida de las monjas, a quienes mañana presentará la propaganda imperialista como mártires de una persecución religiosa que no existe en Cuba ni nadie tiene interés en desencadenar. Dos jóvenes milicianos miran el espectáculo desde la puerta con aire de incertidumbre infantil, al que se mezcla una involuntaria y leve sonrisa despectiva hacia aquellas lágrimas incongruentes, que han de parecerles tan extrañas, tan deplorables en una Cuba como la de hoy, que vibra con el impulso del porvenir y se limpia la mente con tanta rapidez de los viejos prejuicios. Llega otro par de milicianos. En los ojos de una de las monjas hay una chispa vivaz y anhelante, que pasa de los milicianos a las muchachas como en muda súplica de contención, a fin de conjurar un peligro ominoso, como si los milicianos estuviesen a punto de echárseles encima al menor pretexto. Las jovencitas se tragan sus lágrimas en un patético esfuerzo de inútil heroísmo, mientras los dos muchachos de las milicias cruzan despreocupadamente entre ellas para beberse un par de tacitas de café en la barra vecina. La monja cierra los párpados como si dejase caer un telón de piedad sobre la vida: no, no ha habido la violencia que ella hubiese deseado. Tan sólo un poco, un poquito de conmiseración revolucionaria. —aquella sonrisa apenas burlona, más bien entristecida, de los milicianos— por estas jovenzuelas solitarias y vacías, que lloran por sus monjas y vuelven las espaldas a Cuba, mientras decenas de miles de otras muchachas, con los mismos años, pero años alegres, ardientes y esperanzados, atruenan el cielo con sus cantos de brigadistas de la alfabetización, desde los camiones que las conducen a lo largo de toda la Isla hacia el encuentro con su pueblo.

Las monjas se marchan por fin y el coro de las incautas plañideras regresa, por su parte, a la ciudad. En la sala de espera quedamos Soler Puig y yo solos, pues todavía falta cerca de una hora para que llegue el avión que nos conducirá a Santiago. El tiempo transcurre lento, gratuito, y miramos en derredor, sin ver, amagados por el fastidio.

Un viejo barrendero cruza ante nosotros y guarda sus utensilios en el rincón opuesto de la sala con movimientos pausados y maquinales. Se inclina bajo el peso de sus propias espaldas, el andar despacioso, los pasos vencidos y —se me ocurre— quizá como con una especie de rencor, sin duda a causa de la edad indefinible que tiene, que arrastra. Hace sonar entre las manos un llavero y se encamina entonces hacia el ángulo de la sala donde nos encontramos, en dirección de un estante que está a nuestro costado. Lo abre, hurga dentro con cierta delicadeza extraña, que de pronto parece respetuosa, y luego saca un libro junto con una papeleta. Sentado en una banca, frente a nosotros, llena la pa-

peleta después de mojarse la punta del lápiz en los labios, y ya que termina devuelve la papeleta al interior del estante, lo cierra y se marcha llevándose el libro consigo.

Nos paramos frente al estante para mirar lo que contiene —que sólo hasta estos momentos llama nuestra atención— a través de los cristales: comprendemos que los libros que están ahi constituyen la pequeña biblioteca de los trabajadores del aeropuerto, acaso un centenar de urgentes títulos de lectura revolucionaria, novelas de Gorki y de Miguel Angel Asturias, poemas de Nicolás Guillén, libros de Lenin, la Geografía de Núñez Jiménez. Y de Fidel: **La Historia me Absolverá.**

Ante nuestros ojos el viejo barrendero se recobra, adquiere una nueva dimensión. Ya no es el anciano en derrota que arrastra los pies con amargura. El acto mínimo de venir por su libro, de imaginar que después de la jornada de trabajo aún entrega parte del tiempo a la lectura, nos transforma al viejo, nos lo hace viviente y sólido, sin años, bravo y fuerte todavía, como una antigua raíz de savia nueva. Este hombre nos muestra a Cuba.

—3—

De fijo Cuba hará su gran cultura nacional en un tiempo muy corto, cuando el mundo menos lo espere y con el impulso de una irrupción aparentemente súbita que causará un asombro extraordinario en todas partes. Esto no quiere decir que deje de considerarse como cultura lo que Cuba ha hecho en el pasado. Pero si por alguna causa se hacen las revoluciones es para que los pueblos den grandes saltos en la historia, y la Cuba democrática, la Cuba socialista, no ha vacilado un segundo en calzarse, tranquilamente, las botas de siete leguas.

Permítasenos decirlo con un giro muy usual ahora: Cuba se ha dejado ir "por la libre". Pero, un momento, entendámonos.

Aquí no se trata de hacer una teoría que intente justificar el concepto que implica irse "por la libre". Se entiende por ellos acometer las tareas, resultar establecido en tal o cual organismo, introducirse en esta o aquella actividad, bajo la situación insoslayable de un hecho consumado, al margen, sin el conocimiento ni las directivas de los canales adecuados que correspondan. Evidentemente esta práctica es mala y debe corregirse. Se corregirá, desde luego.

Es una mala práctica por todo lo que presupone de improvisación organizativa, de ausencia de planes coordinados y de control de actividades, así como de la existencia de un aprovechamiento espontáneo y no lo suficientemente racional de gente, útil en la mayor parte de los casos, sin embargo, de la que se echa mano un poco a la ventura. Pero este fenómeno, natural en cierto modo, de irse "por la libre", es bueno en otros aspectos. Indica una sana tendencia contra el burocratismo y representa ese instinto tan cubano —y tan común a todos los pueblos de habla española— de no posternarse ante los fetiches de huecas jerarquías formales, carentes de vida, de contenido que se vuelven un freno insuperable para la acción y ahogan en su cuna el espíritu de iniciativa.

Ahora bien: ¿por qué decimos que Cuba se ha dejado ir "por la libre" en el campo de la cultura y nos congratulamos de que así sea, tanto mejor que cualquier otra cosa?

Porque irse por la libre en este aspecto indica algo diferente en absoluto a lo que se acepta como tal. No es que en las actividades culturales la Cuba revolucionaria de hoy carezca de los organismos competentes que se necesitan —y que éstos se empeñen en ser mejores cada vez—, ni que falten planes, esfuerzo creador, entusiasmo y búsqueda organizada, casi febril, de los elementos más capaces. Aquí no es precisamente el punto donde se ha ido "por la libre".

Cuba toma "por la libre" en el terreno donde se necesita más audacia, más valentía; en el terreno donde se requiere un desenfado más irreverente y los propósitos no aceptan detenerse ante nada ni ante nadie: en todo aquello donde deba darse curso abierto a la creación cultural, al trabajo artístico, y que el joven espíritu de Cuba emprende sin pararse en consideraciones falsamente tradicionales respecto a la cultura "occidental", insumiso, sin dogmas, sin santones, sin esquemas, sin capillas.

Algún desvencijado artepurista (o de los "comprometidos" en un "tercer camino" —que en Cuba parece no haberlos— entre el socialismo y el imperialismo), a no dudarlo querría añadir: **sin teoría.** Nada de eso. Con unos objetivos claros y determinados: la teoría del socialismo científico, el método de la dialéctica materialista, los objetivos de una Cuba socialista dentro de un mundo sustraído para siempre a la dominación del imperialismo y a la barbarie de las guerras.

¿Cómo logrará Cuba realizar este "milagro"? Simplemente, como lo está haciendo.

—4—

¿Pintura abstracta o figurativa? Cuba se encoge de hombros; pintura, dice: el pueblo revolucionario quiere pintura. Y ahí están los pintores cubanos, trabajan como endemoniados, noche y día, la Revolución los necesita. Los resultados son magníficos, espléndidos carteles de propaganda y también cuadros "abstractos", de quienes participan de esa tendencia. Bien; ¿por qué no? Se respira maravillosamente. Discútase lo que se quiera, pero de esta actitud vendrán siempre cosas buenas.

Música. Asisto a un concierto en el Auditorium Amadeo Roldán, de música contemporánea de cámara —que dirige un joven director, Alberto Merenzón—, con obras de Webern, De Falla, J. Blanco y S. Revueltas. Música "moderna" —que decían nuestros abuelos con un estremecimiento de horror—, donde lo menos agresivo resulta ser el **Concierto** de De Falla. ¿Y qué es lo que ocurre? La sala, llena de maestras, de brigadistas, de milicianos, de estudiantes, de obreros, y de alguno que otro "conoseur", aplaude a rabiar, sinceramente, con una cierta dosis de alegre salvajismo. Aplaude con marcado énfasis el **Quinteto No. 2** de J. Blanco, el compositor cubano. Pero no me parece que sea a causa de su nacionalidad, que la mayoría del público tal vez ignore (no hay notas al programa, ausencia criticable), sino por **lo cubana** que se escucha esta música, singularmente no local, carente del fácil folklorismo que pretende hacerse pasar por lo propio y específico, en lo profundo, de un país. Todo lo contrario: una música depurada de contingencias ajenas, enderezada sin ceremonias, directamente, al oído (no, por Dios, "al alma"); vaya, en fin una música "abstracta", aceptemos, sin conceder. ¿Positiva o negativa? ¡Por favor. . .!

—5—

En la oficina —con un solo escritorio y una sola silla— de Eduardo Manet, poeta, dramaturgo, cineasta, en el ICAIC, presencio y escucho un estupendo diálogo entre el primero y un joven compositor cubano también, Enrique Ubieta. No, no se trata de que Ubieta escriba la música de alguna película, como podría suponerse por la índole de la oficina. Se trata de todo esto: crear la orquesta permanente del Teatro Nacional de Cuba —a lo que entiendo—, los coros, la Opera, impartir las clases, seleccionar y entrenar músicos, **crear** ejecutantes. Una tarea increíble, abrumadora, de titanes, que sólo se pueden proponer gentes que hayan perdido el juicio por completo. Pese a todo Manet y Ubieta discuten con sorprendente sensatez, con lógica asombrosa; hacen planes, miden las fuerzas, calculan las posibilidades, y cuando menos lo piensen, en cosa de días, ya estarán disparados —puede apostarse doble contra sencillo— más allá de los planes, más allá de las fuerzas, más allá de las posibilidades, pero lo fantástico, que realizarán sus propósitos del todo. . . acaso también un poquito más.

Cierto, es Cuba. Esta fabulosa Cuba de la Revolución.

—6—

. . .Hablemos de Fidel.

Me lo han contado numerosas personas en México y aquí en Cuba: para hacer que cesen los aplausos con que los oyentes interrumpen sus discursos, no hay ningún otro medio que ejecutar el Himno Nacional. Entonces la multitud deja de aplaudir, y Fidel reanuda su intervención.

También se cuenta de la paloma que vino a posarse en su hombro, durante un discurso, y no se movió de ahí, pese a los ademanes oratorios, hasta que Fidel hubo terminado de hablar.

Me impresiona particularmente la anécdota que sigue.

La inmensa muchedumbre espera bajo la lluvia que Fidel comparezca en un acto al aire libre. Fidel aparece, sube a la tribuna y comienza su discurso. Apenas transcurren unos segundos cuando es interrumpido de pronto. No son ahora aplausos los causantes de la interrupción. Es una voz unánime, repetida con rítmica insistencia y que se propone, de modo inexorable, no permitir que el orador prosiga su discurso, sino hasta que la audiencia considere satisfecho su empeño.

"Tápate, Fidel... Tápate, Fidel... Tápate, Fidel..."

Fidel se ha presentado al acto con la cabeza descubierta y sin ninguna otra prenda que le resguarde el uniforme, que se le empapa y chorrea bajo la lluvia pertinaz. La banda de música ejecuta el Himno Nacional; la multitud calla con respeto y Fidel sigue sin cubrirse.

Termina la ejecución del Himno y Fidel va a reanudar su discurso, pero la multitud vuelve a la carga.

"Tápate, Fidel... Tápate, Fidel... Tápate, Fidel..."

Aquello es imposible; no podrá hablar. El hombre tiene que ceder, se echa un capote sobre los hombros y se cubre la cabeza con su gorra militar. "Voy a ser breve", comienza Fidel entonces. ¡"Nooo"!, replica la multitud en un rugido ululante. ¿Breve un discurso de Fidel? ¿Por qué? ¿A cuenta de qué agravio? Su pueblo está dispuesto a escucharlo horas enteras, inmóvil en el mismo sitio, atento, pendiente de sus labios como quien recibe de ellos el pan de la verdad: porque Fidel es su verdad entrañable, viva, luminosa, imperecedera.

Me pregunto qué representa Fidel, en lo más hondo, para el pueblo cubano. ¿Un jefe, un padre, un hermano, un apóstol, un iluminado?

La respuesta es difícil, y no constituye, ni con mucho, toda la realidad. El pueblo se mira en Fidel, en Fidel se encuentra, se toca, se escucha; con el pensamiento de Fidel se piensa a sí mismo, con su acción actúa y con su realización se realiza, de igual modo en que, a la inversa, le ocurre al propio Fidel con el pueblo. Son la misma cosa, la misma fuerza natural inseparable, como el agua y el río, como el aire y el viento.

Antes del triunfo de la Revolución del 1ro. de Enero, Cuba no tenía ninguna otra cosa que perder que no fuesen sus cadenas, a cambio de un mundo que ganar. Hoy, después de la victoria, transcurridos más de dos años de continuas conquistas políticas y sociales, Cuba es dueña ya de ese mundo y lo defenderá palmo a palmo, centímetro a centímetro, como lo demostró en Playa Girón. No hay nada más que decir, ante la sencilla, verdadera, poderosa y terrible elocuencia de esta actitud.

La Revolución Cubana es la primera de las grandes y nuevas revoluciones de nuestro tiempo cuya gloriosa y triunfante realidad ha sido posible en virtud de la existencia en el mundo de un sistema de países socialistas. Pero con ser una verdad tan palmaria, esto no ha sido todo.

La intrépida biografía de Cuba puede cifrarse en aquellas palabras de Goethe: "sólo es dueño de la vida libre aquel que pasa sus días en lucha desigual".

Prodigiosa lucha desigual de la pequeña Cuba contra el imperialismo. No desigual por cuanto a la ayuda solidaria que le brindaron los pueblos del mundo y que la hizo más potente que su adversario; sino por cuanto a lanzarse a la lucha que los mentecatos políticos, los oportunistas, los filisteos y los pusilánimes, vaticinaban a sus oídos, en todos los tonos, como condenada al fracaso ante un enemigo de aplastante e inconmensurable magnitud, que sería imposible vencer, mientras Cuba no vacilaba en entregarse al destino que anunciara Martí, de que su honda fuese "la honda de David".

Habana, Cuba Territorio Libre de América.

POETAS A CABALLO: WIENERS Y McCLURE

"Ha llegado el apocalipsis. Los poetas bajan galopando de las montañas". (McClure, en carta)

Por IRVING ROSENTHAL

DOS NOTAS

1. SOBRE EL AUTOR. **Irving Rosenthal.** Pertenece al cuerpo de redacción de la conocida revista literaria **Evergreen Review**, que se publica en Nueva York. Luego de incontables peripecias muy poco próximas a la fuerza creadora de nuestra Revolución, ahora la palpa y convive con —como otros tantos intelectuales y artistas de su generación— por la que consiguió su "pasaporte a Cuba" hace algunas semanas; atraído por ella y toma notas para publicar a su regreso una serie de artículos sobre su estancia entre nosotros.

2. SOBRE LOS POETAS. **Wieners y McClure.** De ellos sólo podemos afirmar, con conocimiento de causa, dos cosas: 1) Son dos buenos poetas; 2) Son —todavía— casi desconocidos en su propia tierra y ésta es la primera vez que se habla de ellos al sur del Río Bravo. Lo segundo nos lo ha dicho el autor; lo primero podrá comprobarlo el lector con una simple lectura.

Una nota adicional sobre sus poemas: como toda buena poesía, ésta es prácticamente intraducible. Pero en este caso por un doble motivo: Wieners, en particular, lo mismo emplea el **hiptalk** que el arcaísmo, la frase hecha y la palabra recién acuñada. Hemos sacrificado la originalidad de la expresión en aras de la precisión y la profundidad de sus intuiciones poéticas. Si todo traductor es por ello un traidor, creemos que lo más honesto es no traicionar dos veces al mismo tiempo.

Los últimos diez años han presenciado un florecimiento literario en los Estados Unidos que no tiene paralelo desde la época isabelina. Ha surgido una nueva hornada de poetas y prosistas cuyas obras, algunas de las cuales todavía están inéditas, se han convertido ya en clásicas de la lengua inglesa. Dos poemas largos de Allen Ginsberg —*Howl* (1956) y *Kaddish* (1961)— se reconocen hoy como obras maestras y su autor camina por las calles de Nueva York con un aspecto más irreal que real —a veces he pensado que puedo ver los objetos a través de su cuerpo— inmortal ya, a los 34 años. Ahora Ginsberg se edita en todo el mundo, pero hay otros poetas más jóvenes, de pareja estatura, que aún no son tan conocidos fuera de los Estados Unidos. Por ejemplo: Michael McClure y John Wieners. Ninguno de los dos llega a los treinta años y, aunque son poetas bien diferentes uno del otro, ambos tienen en común la delicadeza y la intensidad. Y ambos publican "revisticas" —como se denominan en los Estados Unidos esas revistas literarias modestamente impresas y de circulación limitada que alcanzan unos cuantos números para morir después.

Hace cinco años la literatura norteamericana estaba por entero en manos de estas revisticas, porque los directores de las revistas literarias "consagradas" eran viejos y fatigados reaccionarios, en su mayor parte profesores, que "no estaban dispuestos a reconocer la Poesía que ventilara los trapos sucios en sus propias narices". Sólo llegó a publicarse un número de la revista "Ark II Moby I", dirigida por McClure (1956) y dos números de "Measure" (1957-58) dirigida por Wieners.

***

El segundo libro de Michael McClure se llamará: *El Nuevo Libro —un Libro de Tortura...*, y por "tortura" el autor entiende las impresiones sensoriales comunes, que para él crecen y se ensanchan hasta el punto de hacerse dolorosas. A veces esas impresiones sensoriales se magnifican hasta lindar con el éxtasis. Sean buenas o malas, estas amplificaciones se operan dentro de los poemas mismos, haciendo de ellos algo apocalíptico. La llama de un fósforo se convierte en un infierno. He aquí un poema de su primer libro *Himnos de San Geryon* (1959). Se titula "*La Brecha*":

¡Una barricada —un muro— un fortín
Siniestro y gozoso, de índigo y azafrán
Contra el cual arrojarme!
Cruzar o
Ser parte del muro...
Sesos desparramados o la impronta
de un rudo pie o
—Desmoronar alguna luciente arquitectura
o abatirla—
¡Lanzar al aire los pedazos
como estrellas!
¡Ser el cáliz de la jauría
Dar volteretas
A través de un contén de árboles blancos!
En plena labor —3 de la mañana— En el mercado de verduras
Movientes cestas de coliflores y lechugas —Premadrugada
Una visión —Los ratones convirtiéndose en chinchillas— Estoy de pie
Al borde del abismo —Sudando— consumiéndome —de terror y alegría
Cercado en la neblina —por giratorios círculos de sombras
Gárrulos animales —un lince negro acecha desde el hueco
Del abismo.
Lechuga putrefacta —perfume— La húmeda calle anaranjada.
Es mi cabeza — Estas son mis manos.
No lo dispuse yo.
Afuera en la claridad —Medianoche— la Ciudad.
Un Muro —un fortín.

La poesía de McClure es, como un bestiario, rica en imaginería animal, y el poeta gusta especialmente de aquellos animales que son principescos y noctámbulos: la chinchilla y el lince negro, el águila en las nevadas alturas y el halcón, el tiburón, el zorro que acaba de salir de su guarida, el gato blanco que maúlla de amor, los ratoncitos con su piel negra y rosada. McClure es asimismo el poeta de las agonías de la carne. Le ha dedicado una oda al comercio carnal, pero al comercio carnal tal como lo vería un Príncipe Encantado, totalmente puro y sublime. El exergo de "El Libro de la Tortura" es: "Soy bestia". Y en otra parte ha escrito: "Yo soy el cuerpo, el animal, el poema Es un gesto mío".

***



WIENERS, por LA VIGNE
....dibujando la cara y su agonía....

John Wieners no ha publicado más que una media docena de poemas en varias "revisticas", y un librito en forma de folleto, de veinte páginas, titulado *Poemas del Hotel Wentley* (1959). Pero ese librito no dista mucho de ser todo lo perfecto que puede ser un libro y resulta imposible escribir hoy en día un poema en los Estados Unidos sin tenerlo en cuenta, ya sea de un modo ó de otro. Los ocho poemas de que está constituido —más parecen salmos que poemas— fueron escritos en el curso de una sola semana del mes de junio de 1958, al cabo de una trágica aventura amorosa en la vida del poeta, poco después de su llegada a San Francisco procedente de Boston. A la sa-

zón vivía en un hotelucho de mala muerte e ingería grandes cantidades de bencedrina. No tenía hacia dónde volver la mirada, más que hacia su propio ser interior y no le quedaba cosa alguna ante la que asentir, salvo la poesía. Pero, en los Estados Unidos de América, creer en la poesía constituye una victoria espiritual de no escasas proporciones, como el lector podrá constatar leyendo "Un Poema para Pintores", el poema central y más largo de su libro. Al mismo tiempo que el poeta lo escribía, el pintor de San Francisco Robert La Vigne estaba dibujando su retrato, retrato al que se refiere el poema.

1

Nuestra época privada de nobleza
¿Cómo pueden mostrarla nuestros rostros?
Ando en busca de amor.
Mis labios se dilatan
agrietados y secos
deseándolo.
¡Oh, qué bien!
De nuevo marchamos empujados por fuerzas
sobre las que carecemos de dominio. Sólo
en el poema
se aparece una imagen — que gobernamos
la línea por el pincel
en la mano del pintor a un pie
de mí.
Dibujando la cara
y su agonía.
Es por eso que nadie osa apresarla.
Sujetos como están en manos
de fuerzas que
no pueden comprender.
Tal desesperación
se halla en mi rostro y se descubrirá
en las arrugas de cualquier ser humano.
Hubo amor una vez en la palma de mi mano.
Miren ahí las líneas.
Del mismo modo que seguimos ayer
su juego lo están siguiendo hoy
en las fronteras de campos implacables y blancos.
Cúbreme la cabeza,
amor, empapa mi carne en surtidores
de menuda lluvia. Como
un perfume francés
de modo que me ilumine como
una amapola y
sea bañado por la fragancia
de la línea conclusa.
Círculos no
sino esas dos paralelas atraviesan
Y llevan nuestras almas y
cuerpos unidos como los planetas
Mostrando la claridad a ras
de piel, sabiendo
que es tanta como la que recorre
las venas que hay debajo.
Las mejillas están hinchadas de ella.
Nuestros bolsillos llenos.

2

Empujado por lo aún inconcluso
que aparece ante mí
Vacilo frente a este papel
arañándolo en busca de la frase precisa...
Paul Klee arañó durante siete años
vidrio ahumado para adiestrar
sus trazos, dice La Vigne: ¡Mira
con qué cara lo dice!, él, que se ha pasado
toda la noche dibujando la mía.
El sol
también sale en los tejados
empezando en violeta.
Yo empiezo en azul sabiendo qué es frescura.

3

Mi segundo nombre es José y
marcho junto a un asno en camino a
un Belén, donde ha nacido otro niño.
No la segunda mano de Yeats sino
las huellas frescas en el nebuloso marco de una ventana.

4

Hierves, América, sobre
el timo de las calderas.
La carne es chamuscada.
Desgarrados los ojos.
La calle bulle de
narcómanos y bandidos armados.
Hay vendajes en las heridas
pero la sangre sigue corriendo a borbotones.
Detengan
la sangría.
Estamos aplastados.

5

Permanezcamos con lo que conocemos.
Ese amor es mi fuerza, que
llega a desbordarme:
Ansia
que también
está en mi rostro: se ha puesto rancia.
Cuando verde era el lecho mi amor
y yo nos tendíamos en él.
Así es como es, el corazón se duele.
Uno lo aprende así un buen día de junio.
Y no le veo trazas de acabar
cuando pase el verano, como acontecerá,
en los caminos, como amigos
que van cantando por la tierra.

Al sur de Mission, Seattle,
sobre las Sierra Mountains,
el Medio Oeste y Michigan,
moviéndose otra vez rumbo al este,
entrando en Chicago y
las tierras ganaderas, llamándose
por los desfiladeros,
cuidándose de no ser sorprendidos
de noche, todavía andan sueltos
los destructores, y bajando
hacia el sur, tierras familiares,
predios exuberantes, montañas azulosas
de Carolina, hacia Black Mountain
y puede dormirse a la intemperie o
atravesando directamente los estados

No puedo recordar todos sus nombres
este país es tan vasto como
nuestras manos, nuestro amor vive
sin amante, buscando sólo
al bienamado, de regreso al terruño
al mismo corazón, New York,
New England, Vermont, verdes
montañas y Massachusetts
mi ciudad, Boston y el mar
a oler de nuevo lo que este quieto
océano no puede decirnos. Las estaciones
Unicamente el corazón recuerda
y se graba en palabras.

6

Finalmente. Llego a la última defensa.
Mis poemas no tienen
bosques solitarios,
bellas durmientes, música
de esferas ni cantos medievales

Unicamente lo alcanzado en la lucha
de un hombre por seguir junto
a aquello que le es entrañable
con lo que dentro de él aspira a realizarse.
Sin lo cual nada es.
Y llego a esto
sabiendo que es en vano,
dejando el resto en manos del amor
y sus rostros torcidos,
crispándose mis manos
sólo para alejarse
de la sangre que ya empieza a correr.

6.16.58.

Si bien el lenguaje de "Un Poema para Pintores" es relativamente "puro", lo cierto es que John Wieners es un maestro del *hiptalk*, nueva jerga creada por nuestros inadaptados, negros, músicos de jazz, narcómanos y escritores. El *hiptalk* no mengua la elegancia de sus poemas sino que, precisamente por ser él un gran poeta, esas palabras en su pluma adquieren elegancia. Todo su coraje, toda su determinación de no engañarse a sí mismo, indiferente a lo desesperanzada que pudiera su vida parecer, ha sido insuflado en sus poemas, que vivirán independientemente de lo que a él pueda sucederle. Suceda lo que sucediere hay, al menos, un instante de verdad en el poema: "El poema no nos miente. Yacemos bajo su ley, vivos en el hechizo de su hora".

Wieners tiene un sentido preciso del sitio en que se halla. No es un lugar donde uno pueda estar cómoda ni agradablemente, pero la honestidad del poeta es tan pujante que ha sido capaz de operar esa gran transformación mágica. En lugar de su tragedia personal y de su vida desorientada y rota, tenemos una obra de arte, ese minúsculo librito que resplandece y nos da nuevas fuerzas.

(Trad. de A. Fornet)



La Asociacion

por **BENIGNO NIETO**

Entre los jóvenes cuentistas cubanos se destaca Benigno Nieto, de quien LUNES publicó su primer cuento hace ya varios meses. El relato que hoy publicamos "La Asociación de Tártaros Desocupados" —como su autor le llama—, es una muestra de la capacidad imaginativa de Nieto, orientada hacia los más modernos procedimientos narrativos de la novelística de nuestros días. Como Sánchez Ferlosio en España, Nieto se encuentra entre los escritores para quienes lo importante de la experiencia humana radica en el comportamiento externo, en la interminable sucesión de los hechos.

—Este es de los que nunca dicen que no, pero hacen siempre lo que les da la realísima gana.

Era temprano en la mañana. El sol naciente cortaba en dos la terraza y ungía en luz a la muchacha acodada a la baranda que asentía a las palabras sentenciosas de Concha. Tal vez Luís, a quien se referían, no las quiso responder, porque se esfumó en el rellano de la escalera lateral que desciende a la calle. Bajo el alero de cinc, a la parte en sombra, Concha cocía inclinada sobre la vieja Singer. Un quimono floreado caía desaliñado entre sus piernas afincadas al pedal y la silla amenazaba con quebrarse bajo el bárbaro peso de sus asentaderas.

—Pronto se ha espabilado el niño. Ya me pidió hasta la llave de la casa. Me dijo: "para no tenerla que despertar por las noches, doña Concha" —alzó la mirada enternecida. —A una le da gusto que la traten de esa manera.

—Lo de doña te lo dice porque es del campo —apuntó reticente la muchacha.

—Está bien, Isabelita; pero a mí me suena gentil.

—Lo que es un mosquita muerta, que tira la piedra y es-

..onde la manc. ¡Mira con quiénes ya está ahí abajo, con esos tártaros de Pancho y Triplefeo!

Para hablarle, Isabel volvía la cara sobre su hombro, meneando las caderas que hacían oscilar la falda roja acampanada.

Concha arrugaba el entrecejo.

—¿Está con ésos otra vez?

—No hay por qué extrañarse: es un mataperros igual que ellos.

—Se lo he advertido, que no se reuna con esos bergantes del barrio. Nada bueno le traerán y si pueden le quitarán los pocos pesos que le manda el padre. Pero a mí, ¡pshs!..., me importa un bledo. Advertido está. Al fin y al cabo no es mi hijo y no voy a revolverme las bilis por su culpa.

Luego el machacar de la Singer sustituía la voz de Concha. Isabel miraba satisfecha a la calle sumergida a treinta pies de profundidad, que descendía angosta y torcida hasta perderse en otra pendiente más lejana entre techos terracotas y azoteas. Abajo, recostados al muro de contención de la casa de enfrente, los tres jóvenes conversaban. De repente, Isabel sorprendió sus miradas lujuriosas vueltas hacia lo alto. Dio un salto atrás y en un revuelo de tela roja aprisionó con zalamería la falda contra sus rodillas.

—¡Zánganos! —les gritó ruborizada.

—¡Isabelita, no seas mala, danos un chance!

—¡Descarados!

Desde abajo, Triplefeo le decía:

—No seas egoísta. Total, lo que se van a comer los gusanos que lo vean antes los cubanos.

Arriba, Isabel se alejaba del balcón, hacia adentro, a donde no pudieran verla. Concha levantaba la vista de la costura y le preguntaba vivamente.

—¿Qué ocurre? ¿Quiénes son?

—Los puercos de Triplefeo y Pancho, que no se puede asomar una sin que la rescabucheen... ¡Y Luis está con ellos!

En la acera, Luis le peleaba a Pancho.

—Déjenla quieta. No se metan con ella.

Pancho se sacudía de arriba la pesada mano de Luis y señalándolo con el pulgar le decía a Triple:

—¡Parece que el hombrín tiene celos!

—¡Yo...? No me hagas reir. Si es una niña.

—Vamos, confiésalo.

—Lo que tienes que hacer es no meterte más con ella.

Luis se exaltaba, sacaba el mentón.

—¡Tú ves! ¡Tú ves! ¡Tienes celos!

—No te metas con ella —le decía agresivo. ¡Después no eres quien tienes que aguantarle el chaparrón a Concha!

—Hablando del rey de Roma —dijo Triple y hacía señas hacia lo alto, en donde había aparecido el corpachón de Concha. El quimono floreado se destacaba contra el cielo azul; el brazo lo esgrimía colérica, como si fuera la trompa de un elefante.

—Déjenla hablar —dijo Luis, disimuladamente.

—Me voy pirando.

Ellos descendían la Loma, haciéndose los sordos.

—¡Oigaaan! ¡Sooo partía de vagos! —les gritaba Concha. ¡Si no les da vergüenza faltarle a una niña como mi hija! ¡Por qué mejor no le miran bajo las falda a sus madres! Sí, hacen bien en irse, que no se les ha perdido nada por aquí. Lo que tienen que hacer es buscarse trabajo, en vez de estar mariposeando. Si no faltaba más, que ni en su propia casa pueda una vivir tranquila.

El vozarrón de Concha violaba las ventanas de las casas del barrio y algunas mujeres abandonaban sus quehaceres para enterarse de lo ocurrido. Luis, Pancho y Triple bajaban sin esfuerzo la Loma, utilizando como impulso la pendiente. Ahora pasaban frente a la franja de la persiana tras la cual atisbaba Carmen hacia la calle. Aún de lo alto venía la voz y Carmen terciaba la cabeza para pegar el oído a las persianas. En un sitlón, con las piernas encaramadas, su hijo Pablo apartaba el libro para observarla preocupado.

—¡Virgen Santísima, qué gentuza! —ella se persignó.

—¿Qué sucede?

—¡Ay, Pablo, mi niño bueno, cuánto me alegro que ya no te reunas con ésos... —hizo un mohín de asco, y se fue moviendo la cabeza hacia el primer cuarto.

Al poco rato, cuando ella se peinaba el moño ante el espejo de la cómoda, hablaba sola: "¿Qué estará haciendo Juan ahora? Y la pobre Violeta, que Dios la perdone. Pero no, debo darte gracias Señor porque aún tengo a Pablo conmigo".

—Mamá —era una voz diáfana, como para borrar temores; venía desde la sala y se oyó nuevamente. Ella se quedó tensa; las manos que la peinaban inmóviles.

—Sí —respondió.

—¿Me hablabas?

—Noo —dijo, arqueando las cejas. ¿Por qué?

—Por nada... ¿Necesitas algo?

—No —suspiró aliviada. Me estoy arreglando. Tengo que ir a la bodega y al mercado.

En la sala, Pablo se quedó pensativo, la mirada absorta. Afuera el sol escalaba el firmamento azul; adentro ya se sentía calor, a pesar de la grata sombra que guardaban las paredes. Cuando Carmen vino desde la habitación, él se puso en pie, aclarando que la acompañaría hasta la bodega. Antes se introdujo la camisa de mangas cortas por dentro del pantalón de holgadas perneras.

Al bajar la Loma, Pablo la sostenía cortésmente del brazo. Ella iba a su lado muy satisfecha y al entrar en la bodega aún aumentaba su altivez, como consciente de que, por encima de los gestos disimulados de burla, emanaba de sí una dignidad verdadera. Entre los mirones estaba Luis, que extraía una cajetilla de cigarrillos.

—Préstame uno.

—Pancho, ¡mira qué eres descarado! —protestó Triple.

—¿Por qué? —él fingía inocencia.

—Es el tercero que le picas seguido, y para colmo lo pides prestado, como si tuvieras intención de pagarlo.

Ahora Pablo saludaba a Triple.

—Cómo andas, Antonio.

—Qué hay, Pablo.

—Estás perdido —le dijo Pancho.

Pablo sonreía sin hacerles mucho caso. A Luis no lo conocía y sus pupilas se cruzaron, saludándose en un gesto vago.

—Buenos días, señora Merino —le dijo el hombre tras el mostrador a Carmen, sacando la cabeza por sobre la romana.

—Buenas. Ella no se apartaba de su hijo.

—Qué tal, jovencito —le decía el bodeguero, gallego a juzgar por el acento. —Ya ni se le ve. De seguro que son las muchachas, porque usted parece tener suerte con ellas. Si le contara, señora Merino, no me lo creería. Los otros días vi a Pablo con una muchacha, que ésa sí..., muy qué se yo, como dicen los muchachones: ¡un pollo!

El Gallego torneaba en el aire un cuerpo imaginario. Pablo estaba muy serio y argüía que era incierto. La madre miraba estupefacta y el Gallego abundaba en detalles de lugar y hora. Del otro extremo del mostrador, venían las protestas:

—¡Arriba Gallego, no le des tanto al pico!

—Espérense si quieren.

Una mulata perdía la paciencia:

—¡Pero qué se habrá creído el peninsulá éste, que nos va a tener toda la santa mañana aquí paradas!

Al fin se iba a atenderlas. Carmen se estiraba en su vestido gris y susurró a Pablo que más tarde regresaría, que ahora la bodega estaba insoportable. La acompañó hasta la acera y ella emprendió el ascenso de la Loma con una cierta compostura exagerada, tal vez ridícula, aunque él la contemplaba con una mezcla de piedad y ternura.

Al girar sobre sus talones, Pablo se encontró que Pancho lo llamaba desde la esquina, donde rodeando al poste que sostiene el tendido eléctrico estaban los tres jóvenes.

—Vamos a tomar café, que éste invita —Pancho señalaba con el pulgar a Luis.

—No, gracias.

—¡Hombre, si no te cuesta nada!

—Gracias. Hasta luego.

Pablo se había negado secamente, y ya se alejaba con aquel andar elástico y erguido que lo caracterizaba.

—Menudo corte te ha tirado —dijo Triple.

—Lo que es un malagradecido —Pancho se irritaba. —No se quién él se cree que es. ¡Jediondo! Después que vengan a decirle a uno que hay amigos, tanto como he hecho por él, ¡malagradecido! Un día lo voy a ver reventado y yo sé muy bien por qué...

Hacía con la mano alzada un movimiento de "esperen para que vean", y los otros dos callaban, Triple sonriendo y Luis sorprendido.

Ya el sol era un disco de hierro incandescente que recalentaba las cabezas y picaba sobre los hombros, haciendo sudar copiosamente. Fueron hasta media cuadra, donde había un minúsculo establecimiento de esos que sirven tacitas de café a tres centavos. Una joven espigada, de ojos negros juntos y vivarachos, maniobraba la cafetera toda cromada y reluciente que dejaba escapar chorros de vapor y un silbido un tanto alarmante.

—Llegan justo a tiempo —avisó ella, que se movía atareada, lavando las tazas y los vasos que luego colocaba en hilera sobre el mostrador de formica. Luis miraba impresionado las carnes y protuberancias que contenía aquel vestido carmelita, tan ceñido al cuerpo de la muchacha como una trusa.

—¿Cómo se llama? —le preguntó a Triple, dándole con el codo.

—Rosa... ¡Oye Rosa, has impresionado al campesino éste! Seguro que allá en el campo no se usan esas armas... —apuntaba hacia los dos conos que querían rajar la tela.

—¡Echa p'allá esa mano! Se mira, pero no se toca.

El timbre que anunciaba la colada sonaba furiosamente. Entraban y salían los hombres, que tomaban un buche de café y se iban prendiendo los cigarrillos.

Pancho se metía con Rosa.

—¡Tú sí trabajas como una mula!

—Frescuras no. Que te espanto un jarrazo por la cabeza.

—¿Cuánto te pagan? Me apuesto cualquier cosa que no te dan más de treinta pesos, y tú, ¡te revientas por eso!

—¡Y a ti qué te importa! ¡Que tu no vas a llevar la pastora a mi casa si yo dejo esto! —se frotaba el índice y el pulgar al decir pastora.

—Seguro que no, porque aquí en donde me ves, las nenas me pagan con tal que yo salga con ellas.

Rosa se reía a carcajadas.

—Con esa cara podrida, ni en lo oscuro, viejo, ¡ni en lo oscuro consigues quien te haga el favor!

—Bueno..., ¡a lo mejor! ¡Qué nadie sabe ná!

Pancho se frotaba las mejillas deshechas por los granos. Luis oía algo pasmado, sin apartar la vista de Rosa, quien también se interesaba y sacudía coqueta la cabellera negra, sonriendo con una desafiante sensualidad.

Un viejo entró y pidió café; vestía una camisa sucia, toda bilachas, y un pantalón remendado. En una caja de cartón traía

ordenados unos ramitos de raíces amarradas con una tirita de yarey. Triple agarró uno y lo olía.

—¡Hum, qué bien huele esto! ¿Qué es, viejo?

—Raíces de vetiver. ¿Tú nunca has oído colonia con vetiver, jabón con vetiver? Pues éstas son las raíces de vetiver... Dame un medio y es tuyo el paquetico, y toma, te regalo este otro.

Todos se interesaban en los ramilletes, lo llevaban a la nariz y aspiraban, comentando luego. El viejo las ponderaba; tenía la boca desdentada y las mejillas arrugadas y hundidas, sólo la sonrisa valerosa y la picardía de sus ojos salvaban la total miseria de su aspecto.

—¡Uy qué ricas! —suspiraba Rosa.

—¿Y para qué se usan?

—¿Cómo que para qué? ¡Pshss, para matar insectos! Esto tú lo coges así, lo pones así en un rincón del armario, ¡y ya está!, ¡a espantar cucarachas se ha dicho!

—¡Las cucarachas! —Pancho ponía cara de asombro.

—Sí, sí, las espanta y las mata.

—¡Oye eso, Rosa, que espanta las cucarachas, cu-ca-ra-chas! Ella amagaba con pegarle:

—Ten cuidado no te espante yo a ti un galletazo.

—¡Y acaba con todos los bichitos! —sonreía el viejo. ¡Mata moscas, piojos, sarna, chinches, todos los bichitos!

—¡De verdad! Todos los bichitos —decía Triple y se volvía hacia la muchacha. ¿No era eso lo que buscabas, algo que matara los bichitos? Pues ahí tienes, te das un baño y quedas como nueva.

Tuvieron que alejarse ligeros, porque Rosa les tiraba vasos de agua. Iban riéndose, y Pancho le arrebata a Luis un ramito que éste había comprado y llamándola desde lejos se lo mostraba:

—¡Para los bichitos, Rosa!

Ellos se quedaban en la esquina y el viejo según se alejaba se volvía para mirarlos, como si le pesara dejarlos. "Para los bichitos", le gritaba Pancho y reventaba a carcajadas un tanto ásperas.

En la puerta de la bodega solían charlar. Cuando pasaban mujeres se avisaban unos a otros y se asomaban para verla, piropeándola y comentando sus puntos más hermosos. También, a aquella hora, pasaban algunos para la playa, cargando sus bolsas y vestidos de camisas a todo color, y mujeres en slacks muy apretados.

Ya el sol era el dueño total del cielo, adonde nadie podía osar siquiera mirar, y caía aplastante, calcando con nitidez las sombras de las casas, que los transeúntes buscaban, apretando su caminar a las paredes. Con una penca de cartón, Triple se abanicaba el pecho por entre los pliegues de la camisa entreabierta.

—Subamos al Summer Club, que aquí cualquiera se asa. Tinto en sangre me voy hoy para la playa.

—Sí —aprobaba Pancho. Subamos al Summer...

Luis se quedó espiándolos con cierta reserva, como esperando una explicación. Ya cuando subían la cuesta, preguntó extrañado:

—¿El Summer Club?

—¡Ah, verdad que tú eres novicio! Explícale tú, Triple. Vamos, no me vengas con que no sabías nada del A T D. Mira que la fama de nuestra sociedad ha cundido por todo Santiago.

—¿A T D? Ustedes bromean...

—¡Dice que bromeamos, Pancho!

—Lo que pasa es que en agosto recesa, porque el africano aprieta tanto que no dan ganas ni de llevar vida social. Agosto sólo sirve para ir a la playa; pero para ir solamente, sin bañarse uno, a meterse cuatro laguers entre pecho y espalda, bien frías, acostado como un pashá, bajo una buena sombra... ¡Eso sí es vida!

Iban en fila india, por la acera, huyendo del tajazo quemante del sol. Ahora ya llegaban en frente a la casa de los Merinos, cortada al sesgo por la elevación de la Loma, de tal modo que a la derecha el puntal era el doble que a la izquierda, por donde se elevaba la calle hacia la cima, allá donde estaban los palomares: las destartaladas casuchas encaramadas sobre los terraplenes. Triple se volvía y estiraba el brazo hacia el mosaico de los poyos de dos ventanas muy juntas:

—¡Oh Luis del campo, acabas de llegar al Summer Club, residencia de verano del A T D: la Asociación de Tártaros Desocupados —declamaba versallescamente. Quedas invitado a formar parte de la directiva. El reglamento es sencillo: no trabajar es el único e inviolable.

Pancho se había sentado en el borde del poyo de la ventana y mantenía el equilibrio con las piernas muy abiertas; cantaba un tango, mientras se acompañaba a sí mismo con acordes de un bandoneón imaginario que en el vacío apretaban sus manos.

"Dicen que el trabajo — da salud y es bueno — que busque trabajo — quien se sienta mal — yo soy loco lindo — no tengo tristezas — ni voy a velorios — soy loco feliz..."

Luis repetía admirado:

—¿Cómo es? ¿Cómo es? Asociación de deso...

—¡Nooo...! De tártaros desocupados —Triple marcaba sus palabras con la derecha. Y acá, nuestro distinguido compañero, Francisco Rodríguez, quien por supuesto no ha trabajado jamás, ni tiene ganas, digno socio de esta benemérita institución, canta...

"...nuestro himno El Loco Lindo". La voz burlona se filtraba a través de las persianas, hacia la casa en sombras; se deslizaban por las altas paredes y volaban al nivel del techo de madera machihembrada. En la cocina, agitando con la espumadera el puchero de donde brotaba un constante borbollar de vapor, Carmen era toda oídos a la conversación mantenida junto a la ventana de su propia casa. Ella estaba sola en la casona y su rostro marchito reflejaba una intensa preocupación. Afuera, los que hablaban cambiaban de tema y se concertaban para ir a la playa esa tarde. Luego debió pasar alguna mujer hermosa, porque se oyeron comentarios abyectos seguidos de carcajadas lúbricas que retumbaron contra la ventana, penetrando en la sala, donde ahora Carmen sacudía mecánicamente los muebles de pajilla y majagua barnizada.

"Oh, Virgen Santísima", ella se persignaba al discernir lo que decían. Con una franela rozaba los muebles, en un agachar y enderezarse continuo, estribando su cuerpo en la otra mano; un sudor limpio se perlaba en su cutis sin afeites. De súbito, la mención de un nombre la hizo palidecer. Furtivamente se acercó a la ventana y esperó en silencio, escuchando: "A ése lo que le falta...

—...es un tornillo —Pancho se daba con el índice en la sien. Y todo el mundo sabe aquí lo que se trae entre manos. A mí me tenía réquete embromado, hasta que se lo advertí por lo claro: que yo no me metía en esas cosas.

Triple lo observaba socarrón:

—A lo mejor él tiene algo que a ti te falta.

—¿De quién hablan? —preguntaba Luis.

Pancho se exaltaba:

—¡Mentira! Lo que yo digo: ¡que está rematado! Un día nos encontramos en Los Parados: que si tenía una bomba y que si era guapo de acompañarlo. Le dije: ¡pues vamos ahora mismo! Pero mentira, no había tal bomba. Lo que pasa es que se ha trastornado. Fíjate que ni nos trata, y ni quiere saludarnos.

—¿Quién es? ¿Quién es? —Luis halaba del brazo a Triple.

—Pablo, el tipo alto flaco que saludamos en la bodega. El del pelo negro y la nariz recta, que invitamos a tomar café y no quiso.

—Sí —proseguía Pancho—, lo que es un jediondo. Pero un día lo van a agarrar, y ¡zip!, se la van a cortar...

Triple se ponía el índice sobre los labios a modo de silencio, al mismo tiempo que daba a entender que alguien estaba tras la ventana. A Pancho parecía no importarle, al contrario, porque habló con redoblado rencor:

—Tarde o temprano siempre los cogen, y se pudren en la cárcel o los capan y les sacan los ojos, pero siempre terminan mal... Y será en parte por culpa de su madre, que es una chismosa y se pasaba los días metiéndole en la cabeza que no era bueno que andara con nosotros, que si éramos unos vagos, que si esto y que si lo otro... Total que somos mejor gente que ciertos tipos que vivían por aquí, que si no los menciono...

"...es porque están muertos". Ella permanecía inmóvil y encorvada junto al oscuro ventanón, las manos crispadas contra el pecho. Los ojos desorbitados enfocaban el ángulo de la pared, el roda pie y el piso de mosaicos que tenían de fondo un mismo verde, parte de un sillón y tal vez alcanzaba sin precisión el Sagrado Corazón de Jesús colgado a la pared. Una sola y única voz seguía colándose en aquel silencio angustioso: "Si valiera la pena sí...

—...pero total para que unos cuantos vivos sean los beneficiados, porque siempre son los infelices los que se mueren en la corrida. ¡Ah, pero por mí que lo maten, que lo tiene merecido por malagradecido y traidor.

—Tú lo que la tienes cogida con él —decía Triple.

Arrastraba a Pancho hacia la calle, bajo el chorro deslumbrante de sol, alejándolo de allí. Luis iba por la acera, cobijado en la franja de sombra.

Luego decía Triple:

—Estoy seguro de que Carmen nos estaba oyendo.

—Y a mí qué.

—Es una vieja.

—Una vieja chismosa que no hacía más que decirle a Pablo un montón de cosas de nosotros.

Triple meneaba la cabeza en un gesto de reproche:

—Es sólo una vieja.

—Que se fuña.

Ardían los pavimentos y concretos; los techos crujían castigados por el sol y dentro las casas tenían atmósfera de horno, poseyendo a los moradores un sopor anodadante. También ardían los techos de cinc, lata y cartón fijados con pesados bloques de los barracones situados en el solar que había a media Loma. Allí, en la entrada, crecían sin menoscabo de la quema y la poda los matojos: los rabos de gato, las maravillas, las florecitas del romerillo, mil yerbajos más, y las matas de uvita blanca que antaño comían sin temor al zumo espeso y astringente. Ahora habían subido hasta un portal, en cuyo fresco piso de granito se dejaron caer, empapados en sudor y jadeando.

—¡Chchss..., está el indio insoportable!

—Luis, éste es el Winter Club —explicó con un suspiro Triple.

La ancha balaustrada coronada por un listón de mármol los protegía del resol refulgente. Durante un largo rato estuvieron en silencio; eran como animales agobiados, refocilándose en el único consuelo momentáneo: la poca frialdad que le robaban al granito. Uno entonaba una dulce canción y los tres yacían boca arriba, las miradas algo ausentes y perdidas en el vacío que los separaba del techo. "Triple, si no fueras tan feo podías conseguir una rica que te resolviera el problema", decía Pancho, sonriendo estáticamente.

"Y tú, si no tuvieras la cara podrida no le darías asco a las mujeres", respondía el aludido. Entonces ambos se enfrascaron en un duelo de insultos amigables. Luego se oía un camión que pasaba por la calle, y un rato después la voz de Argentina, la gran negra muy dispuesta que vivía en los barracones de la Loma; iba regañando a sus tres hijitas, las arriaba como si fueran

un menudo rebaño, amenazándolas con que si al llegar a la casa no se lavaban todo el churre y no se comían la rica harina de maíz rellena, sabrían lo que era bueno. Ahora otra vez el silencio y una brisa tenue que sopló de repente. "Si tuviera un carro, no un cádila, sino sólo una cacharrito, ya verían la cantidad de mujeres que iba a tener, porque eso es lo que buscan, tipos que las lleven a pasear... Si tuviera un carro...", decía Triple casi con angustia. Pero ya todos los sueños se desbarataban por una frase lacónica de Pancho: "Si mi abuela tuviera ruedas, fuera bicicleta".

El primero en levantarse fue Luis y bostezando les dijo que se iba a almorzar. Cada uno tomó su camino y Luis cruzó la calle, subió la escalera lateral hasta la terraza. Desde lo alto la ciudad se ofrecía deslumbrante de luz solar, obnubilando la vista. La puerta estaba entreabierta y adentro, en el comedor, Concha aderezaba la mesa con humilde mantel a cuadros rojos encartonado por el almidón. Isabel, sentada junto al radio, oía una novela radial trasmitida entre suspiros desesperados y música apropiada de fondo. La presencia de Luis en la puerta, hizo volver a Concha la faz sudorosa:

—¡Ya era hora! Y cierra esa puerta, que me duele la cabeza... Isabelita, te he dicho que apagues la dichosa novelita y vayas a llamar a tu hermano. Ese condenado se pasa el día mataperreando en el solar... ¡Isabelitaaa!

—¡Ya voy! ¡Ya voy!

Luego, Concha servía los platos, haciendo completas de arroz, frijol, yuca y una lasca de transparente de carne frita. Comían rápida y vorazmente; Concha tenía una penca en la mano izquierda y entre bocado y bocado se abanicaba. Los chorros de sudor le rodaban a Luis por el cuello. Fernando, flaco y despeinado, parecía un lobezno; metía la mano en el plato para desgarrar la carne con el tenedor. Concha, que lo espiaba, le dio un manotazo:

—¡Te he dicho que el bisté se corta con el cuchillo! ¡Si habrá modo de enseñarte modales de persona decente!

Una silla permanecía vacía y los cubiertos frente a ella intactos. Cada vez que Concha notaba la ausencia, refunfuñaba:

—Llega dos sábados tarde y si una no le llama la atención, enseguida se cree que puede campear por la libre. Nada, que no puede una ser tolerante, que le cogen la baja. Entonces lo toman como si fuera una religión, y ya no hay sábado que te vengan a almorzar a su hora. Se revienta una los riñones cosiendo, para que por el otro lado se lo beban en cerveza... ¡Fernando, siéntate derecho!

La pared del frente, al otro lado de la sala, filtraba por entre los intersticios navajazos de luz solar que cortaban la penumbra sepia, haciendo irradiar misteriosamente los corpúsculos que flotaban en el aire. Ahora Concha, auxiliada de Isabel, recogía la mesa, cuando alguien tocó a la puerta. La sala se iluminó en el intervalo que estuvo abierta. Una rubia había entrado toda alterada por la sofocación y se disculpaba por inoportuna:

—...¿pero te imaginas, Concha, lo que es casarse e irse a vivir para el Norte al mismo tiempo? ¡Ocho años de relaciones! ¡Ocho años soñando con esto! ¿Te lo imaginas? Estoy loca con el ajetreo, ¡loca! Daría cualquier cosa por verme en el avión de una vez.

Concha la había recibido deferente y la arrastraba por el brazo hacia el primer cuarto. Detrás las seguía Isabel.

—Hija, no te apures, mira que estás en la mejor época. Trata de disfrutarla y no seas boba, que el matrimonio vive de recuerdos, no vayas a pensar que es un lecho de rosas. Cógele el gusto ahora que es el tiempo.

Luis se hallaba sentado junto al radio oyendo un noticiero. A sus pies, tirado en el piso de mosaicos, Fernando leía una revista. Las mujeres hablaban más allá de la cortina, en el cuarto. De pronto, Fernando alzó el mentón y sus ojos claros pestañearon expectantes; parecía escuchar lo que ahora decía la madre:

—No te vayas a llenar de hijos, que te acaban. Si no fuera por los abortos que yo me he hecho, ¡pshss!, ya hubiera reventado. Y para eso que Fernando, el pobrecito, por poco queda en el camino. Lo que se me pasó el tiempo, y casi que lo tuve de casualidad, aunque ahora no me pesa...

El muchacho se puso en pie y rezongó entre dientes:

—¡Ya empieza otra vez!

Luis fruncía el ceño y le aumentaba el volumen al radio; luego fue torciendo el cuello para ver a Fernando como atravesaba la sala y salía afuera, dando un violento portazo.

—¿Qué día es la boda? —preguntaba Isabel, en el cuarto.

—El domingo que viene, éste no.

—Y la luna de miel, ¿dónde la pasan?

Lo que decían las mujeres se hizo súbitamente imperceptible, como si se secretearan, porque después se oyeron carcajadas.

—¡Me avergüenzas, Concha!

—No seas hipócrita, Ena, que...

Se repetía el silencio susurrante y otra vez las carcajadas. Al fin la cortina le cedió el paso a las mujeres que regresaban a la sala; Ena traía un paquete bajo el brazo. Luis alargó la mano hasta el botón y subía aún más el radio, y entonces la voz aguardentosa y ronca del conocido comentarista chilló por sobre la conversación de las mujeres. Ena señaló hacia la voz, que de una muy ruda inflexión se transformaba de repente en lastimera, según el nuevo propósito de lo que decía.

—¡Qué desfachatado es el tipo ése —dijo. No sé cómo hay gente que lo oye.

Concha se encogía de hombros:

—Nunca lo oímos.

—Es Luisito, que le gusta poner esa basura.

El volvía la cabeza hacia Isabel:

—Más basura son las novelitas que tú oyes.

Ena se dirigía a Concha, algo indignada:

—Y tú, ¿piensas hacerle el juego al Gobierno yendo a votar? Porque todo esto del voto negativo y la farsa que se prepara, es una vergüenza para todos.

—Hija, a la verdad que no. Los otros días me mandó a llamar la mujer de León Castillo —se ponía los brazos en jarra, pero los soltaba para gesticular. ¿A qué no sabes lo que quería? Nada menos que la ayudara a hacer política para su marido... Señora León Castillo, le dije yo, ¿y usted me va a dejar otra vez embarcada, como en el cuarenta y ocho y el cincuenta, que me prometió y no me cumplió?

Entonces ella me aseguró que ahora sí, que ahora me iba a conseguir el puesto en Correos, ¡que una mano lava la otra y las dos juntas lavan la cara!... ¡Si será fresca esa mujer! Yo le dije: "Mire, señora, aquí ninguna mano ha lavado a ninguna otra, y usted lo que es una descarada". Así mismito se lo dije, y se me quedó petrificada. Qué se habrá creído. Le di la espalda y me fui, dejándola muda... ¡Qué gustazo me di!

Isabel la contemplaba admirada y Ena sonreía. Luis ya no estaba; había apagado el radio y marchado dentro, a su cuarto, a recoger la trusa y una toalla.

Concha acompañaba a su clienta hasta la terraza.

—Tú haces bien, no vayas a votar —insistía Ena.

—Sí, hija, pero la necesidad obliga.

—Aguántese firme, que al Gobierno éste lo tumbamos cualquier día. Un año más o menos pasando trabajo no tiene importancia.

—Sí, hija —hacía visera sobre los ojos, para protegerse del sol.

—Seguro que sí.

—Sí, hija, sí.

Ena se había marchado y Concha no hizo sino cerrar la puerta tras sí, para que trocara su anterior candidez por una ira tremenda. Ahora se movía como un elefante dentro de una casa: arrollándolo todo al tiempo que trompeaba y rugía:

—Lo único que me faltaba: tener que aguantar también discursos patrioteros. "Concha, aguántese firme" —aflautaba la voz para imitar a la otra. "Concha, no vaya a votar". Nada, que es muy sabroso hablar y mandar a otro a sacrificarse, mientras ella se casa, se consigue sabe Dios con quién una licencia por un año con medio sueldo, y se va para el Norte. "Concha, aguántese firme", y ella no se aguanta, periquita que repite todo lo que le oye al marido... ¡Fernandooo! ¿Dónde se habrá metido ese condenado?... Sí, hablan mucho, pero se van al Norte a vivir sabroso. Eso sí, no cuesta nada hablar: haz como yo digo y no como yo hago.

Bajando las escaleras, atrás quedaba Concha en su trajín y en sus amargas quejas. Ahora para Luis era la calle, cargando el paquete de la trusa y la toalla bajo el sobaco. En la esquina se reunieron él, Pancho, Triple y otro más, un tal Guillermo. Fueron en ómnibus hasta la Planta Eléctrica y desde allí rumbearon por la carreterita de la antigua Planta de Hielo. No se detuvieron al crucero, sino que saltaron la cerca y ascendieron los trillos bordeados de aroma espinosa y maleza, casi sin árboles. En el cielo, redondos cúmulos ocultaban el sol a ratos. Ya Triple y Pancho se habían despojado de sus camisas, y Luis los imitó, dejando al viento su torso desnudo y sudado. Ahora caminaban junto a la costa pedregosa de la bahía, cuya agua era de azul aplomado al centro y verde hacia la orilla opuesta. El aire olía a mariscos podridos y olas débiles sobrenadaban en un fragor líquido. Después de pasar la primera ensenada, se destacó un inmenso puente montado en bases de concreto que sobresalían al agua.

—El Puente de las Minas. Vamos a ver si eres guapo de tirarte desde lo alto —le decía Triple a Luis.

Un poco más allá, dentro del mar y cerca de la orilla, se veían brazos negros y piernas lustrosas, extremidades que chapoteaban espuma. Una mulata gorda doblaba su vientre sujetando a un negrito desnudo que lloraba queriendo salir del agua. La mujer reía y lo aplacaba con palabras.

Ellos insultaron a los bañistas y echaron a correr entre risas hacia la otra ensenada. A la vuelta de la punta, entre los gajos de las matas se veía el balneario Los Coquitos. "La peste el último", gritó Triple y reiniciaron la carrera. Llegaron muy sofocados; Pancho quería ir hasta Las Chiveras, pero los otros se quitaban las ropas y corriendo sobre el puente de madera montado en pilotes se tiraban al mar.

La tarde entera fue un rodar por la arena, un zambullirse y patalear en el agua salada; también fue un buscar camorra con las gentes del bronce que bailaban en los ranchos, girando con gracia al ritmo de mambos y guarachas que las vitrolas a todo volumen esparcían en la brisa de la playa.

Al atardecer, emprendieron el regreso, pero no iban callados ni vencidos, sino que se burlaban de las gentes en el camino y de los pobres habitantes asomados a las casuchas construidas de deshechos. Al perro de un mendigo, un animal rabibajo y melancólico, Pancho le lanzó una pedrada que pegó sordamente en sus costillas. El mendigo se enfurecía y los persiguió; pero ellos le corrían en torno y se holgaban de su mal humor. Por último, cogieron el ómnibus mojados y despeinados, fastidiando a los pasajeros recién vestidos de limpio con sus galas de fin de semana.

Al arribar Luis a la alta terraza, Isabelita estaba asomada a la baranda contemplando la roja puesta del sol sobre las montañas y sus miradas se cruzaron un instante. Concha estaba sentada en un balance, muy compuesta y maquillada.

—Qué facha de bergante —exclamó al verlo. No tengo ganas de pelear ahora, que yo también necesito un poco de paz.

Pero lárgate corriendo a bañarte y vestirte como una persona decente

A la hora de la comida se sentaron todos frente al mantel que resplandecía bajo la luz de neón de la lámpara. La sopera humeaba olor a caldo y Concha estaba de buen humor porque Melchor no había llegado ni muy tarde ni demasiado borracho. Pero el momento idílico lo quebró Isabelita, que porfiaba en ir esa noche al cine con una amiguita. La madre aducía que no iría hasta el día siguiente, por la tarde, como le correspondía a una señorita. Por fin, un tapaboca certero cortó la disputa y la joven se fue llorando al balcón.

Cuando salía, Luis la vio apoyada en el petril y fue hasta su lado. Ella escondía los ojos llorosos y compungidos; él se inclinó para mirarla a los labios apretados en un gesto pueril. Luego buscó la noche y las estrellas, echando atrás la cabeza:

—Qué linda noche.

Ella no contestó, en cambio suspiró hondamente.

—Boba... ¿En qué piensas?

—No te importa... ¡Feo!

—No te pongas así —lo decía en un tono consolador. Mañana por la tarde te dejan ir. ¿No es lo mismo?

Del pelo de ella emanaba un perfume que lo turbó, le puso la mano sobre el hombro acolchado y tibio.

—¡Suelta!... No te quiero. Me voy a matar —ella miraba abajo, la calle a treinta pies de profundidad.

—Boba...

—¡Suéltame!... Tú verás. Me voy a matar.

La había abrazado; pero al ser rechazado se marchó disgustado.

—Mátate si quieres, so boba...

Fue hasta la esquina iluminada por un farol cuya luz se reflejaba en el concreto pálido de la Loma. Allí se juntó a Triple y ambos esperaron charlando. Pancho no tardó mucho; traía la cara muy seria, estrujadas las mejillas forunculosas y la cara enrojecida del sol de la playa.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Pues estás tan horrendo que le metes miedo al susto.

—¡Pshss..., mira quién habla!... ¿Tienes moneda?

—Qué pregunta... ¡Estoy en carne!

—¿Y tú?

Luis se palpó los bolsillos:

—Bueno; me quedan cincuenta quilos... ¿Por qué?

—Nada; a ver qué hacíamos... ¡Vámonos por Enramada!

Enramada, la angosta calle hecha al antiguo gusto colonial, deslumbraba con sus escaparates llenos de luz y sus anuncios multicolores que pendían en el decorado negro de la noche. Ellos charlaban y cruzaban la calle a cada momento, para detenerse frente a las vitrinas. La acera se apretujaba de grupos que paseaban; la mayoría de los hombres estirados en guayaberas almidonadas, y las mujeres muy emperifolladas, algunas con pañuelitos o abanicos en las manos. Triple se metía con las muchachas; Luis las miraba codicioso.

—No les tengas miedo —le decía Triple. Seguro que en el campo las enamoran con piedrecitas; pero aquí es distinto. Anda, no seas corto, tienes que hablarles.

—No jorobes. Anda tú, que eres un donjuán.

Los autos bajaban despacio y reflejaban en la laca brillante de las carrocerías, las sombras oscuras de las gentes y las luces en colores de los anuncios. Pancho caminaba ensimismado y casi no hablaba. En el espejo de una peletería, se hurgó con las uñas las espinillas de la frente y se acarició con la yema del dedo los granos de la mejilla. "Hoy por la tarde ingresaron a la Vieja en el Hospital", dijo de pronto, sin dirigirse a nadie.

—¡Anda, no seas corto! —Triple había estado empujando a Luis para que abordara a una muchacha, y ahora se volvía hacia Pancho:

—Sí, ¿y qué tiene?

—Lo mismo de siempre: el ataque.

—Ah... ¡Pero fíjate como te saca fiestas! —le decía a Luis. Que no se diga que el nuevo miembro del A T D le tiene miedo a las mujeres.

—Oigan... —Pancho los detuvo. Voy al Hospital a ver a la Vieja.

Triple y Luis cruzaron miradas indecisas.

—Si quieren, sigan ustedes; no tengan pena.

Lo acompañaron. El Hospital Civil era un edificio viejo y triste. Al entrar en los terrenos, pasaron bajo un álamo que agitaba en la brisa cálida de la noche sus miles de hojas. Luego de franquear la puerta, caminaron por un pasillo mal iluminado, al que daban las ventanas de las salas repletas de enfermos. Era la hora de la visita y los familiares hacían corrillos en los corredores, acompañando a los convalecientes que usaban ropones arrugados de una tela basta y amarillenta.

Las tres hermanas de Pancho rodeaban en silencio el lecho de la madre. Triple no quiso entrar al pabellón y Luis fue con él hasta la entrada, donde esperaron. A las nueve sonó un timbre largamente y comenzaron a desfilar los familiares de los recluidos; algunos parecían contentos de haber cumplido su deber y poderse alejar de allí. Casi inmediatamente vieron salir a Pancho con sus tres hermanas. La menor buscaba los ojos de Triple; tendría unos quince años y a pesar o a causa de su extrema palidez y la larga cabellera negra que le caía sobre los hombros, poseía una belleza desconcertante. Triple se pasaba las manos por el pelo; ponía grave la voz y se dirigía a las hermanas solemnemente.

Pancho se negó a ir con ellas y se separaron, marchando ellos hacia una frutería situada en la Avenida de Aguilera. Antes pasaron por el costado del Cuartel Moncada, amurallado y sombrío en el interior, que ocupaba un vasto terreno en el centro de la ciudad.

Pancho proponía tomarse unos batidos de fruta y darse a la fuga, sin pagar el importe.

—Si tú quieres, yo los pago —sugería Luis.

—No; lo bueno de la idea es no pagar —al hablar le brillaban los ojos. Ustedes salen primero y yo último.

La frutería estaba muy concurrida y les costó trabajo que les sirvieran. Olía a guineos, a piña, a zapotes y a mangos, a las resinas y a las savias dulces de los árboles. Los batidos eran fríos y espesos, dejando los labios enrojecidos y frescos. Los primeros en salir corriendo fueron Luis y Triple; una esquina más arriba los alcanzó Pancho. Corrían por entre los transeúntes y reían a carcajadas, nerviosamente, mirando atrás; pero nadie los persiguió ni se oyeron voces de reclamo.

—Oye, un día que tengamos dinero, vamos a casa de Lulú, para que se te quite el miedo a las mujeres —le decía Triple.

Era ya media noche y las calles estaban desiertas y silenciosas. Un rato antes, alguien que vivía en los barracones había subido la Loma que dormía en paz, las puertas de las casas todas cerradas. Ellos tenían las camisas abiertas, refrescando los pechos desnudos; hablaban en voz baja, bajo el farol de la esquina.

—¡Compay, suéltame ya, que yo no le tengo miedo a las mujeres! Cuando tú ibas, ya yo venía de regreso. En Holguín estuve dos años, y tuve las mujeres que quise, porque se me sobraba el dinero...

—Está bien, está bien —admitía Luis. Pero esto tienes que probarlo un día. A mí me da la corazonada que tú eres novato y te va a dar calambrina... ¡Ya veremos!

—¡Oye! —dijo Pancho. ¿Cómo se la arreglan los guajiros?

—Pues como todo el mundo, ¡y mejor!

—Me refiero a que en el campo no hay mujeres de la vida.

—Pero hay mujeres bien vivas. Y eso, sin contar con las yeguas que andan sueltas por los potreros.

Ahora se contaban unos a otros sus aventuras; mutuamente se prestaban mucha atención, como si trataran cosas íntimas e importantes. A veces soltaban risitas estentóreas, un poco nerviosos. Luis juró haber conocido una yegua, que al simple silbido de los muchachos de la finca, galopaba a colocar el trasero contra un lugar determinado de la cerca. Luego exageraban, contándose amores y aventuras increíbles, entre risas y bromas.

—¡Ahí viene el jediondo ése! —advirtió Pancho, irritado.

Una sombra vertical se desplazaba firmemente hacia ellos, resonando su taconear en el silencio nocturno. Las facciones afiladas de Pablo las iba descubriendo la luz amarillenta del farol. Junto a ellos se detuvo y usó un tono amable para saludarlos.

—¡Qué tal! ¿Conversando?

Lo trataron secamente, casi agresivos.

—Qué hay.

—Buenas noches.

—Sí; conversando cosas de amigos —subrayaba Pancho.

Ahora Pablo sonreía y los espiaba a cada uno; la mirada ágil y penetrante se fijó en Luis.

—Qué, ¿un nuevo asociado al A T D?

—Sí.

Luis extendía la mano grande y fuerte; Pablo la estrechó en la suya, huesosa y nervuda.

—Mucho gusto, Luis Hernández.

—Pablo Merino

—Estás perdido —le dijo Triple. Nos tienes abandonado, hombre. Parece que ya no quieres andar con nosotros.

El joven se quedo serio, repentinamente.

—Pienso que no, Antonio, que no los he abandonado —dijo. Y si te lo digo te asombrarás, porque creo que son ustedes los que me han abandonado a mí.

Pancho soltaba una carcajada.

—No me hagas reir, que eres tú quien nos tira el corte. Ya no vienes a las reuniones del A T D. Como si nos tuvieras fobia.

Pablo gruñó como para reirse, pero no lo hizo; miraba reconcentrado la Loma quieta y en penumbra, las casas dormidas.

—Tienes razón, Pancho, ya no me seducen mucho —suspiró. La Asociación de Tártaros Desocupados... Asociados para matar el tiempo, porque no hay a dónde ir ni qué hacer, siendo todos unos arrancados. Tártaros, porque lo tiran a relajo o no saben lo infelices que son. Y desocupados por necesidad, porque no tienen trabajo ni hay donde conseguirlo... Tienes razón después de todo: ya no me seduce mucho el A T D... Bueno, muchachos, que la pasen bien. Buenas noches.

La luz se difuminaba en la oscuridad, iluminando tenuemente la figura que subía la Loma, palanqueándose sobre sus piernas a cada zancada; pronto se hizo silueta, calcada por la luz del farol que había en la cima. Abajo se oyó cuando Pablo cerró en lo alto la puerta de su casa. Todavía permanecían mudos y Pancho se estrujaba las manos contra el pantalón.

—¡Es un jediondo! Se cree mejor que nosotros..., más vivo. Y lo que está es tocado de la cabeza. Ya verán cómo acaba.

La charla no se reanudaba; era como si la noche fuera un mar espeso y la cabeza de cada uno una isla solitaria, para pensar bastante, hasta que doliera, hasta hastiarse.

—Me voy a dormir —dijo Luis, al poco rato.

—Yo también.

—Podríamos volver mañana a Coquitos Beach.

—¡Oye! —Triple le gritó a Luis. ¿Conoces Las Múcaras?

—Nooo.

—Mañana iremos.

—Hasta mañana.

Un brazo se agitó en el aire, despidiéndose.

TRES CAPITULOS DE UNA NOVELA DE HEBERTO PADILLA

BUSCAVIDAS



Contra el fondo de La Habana convulsa de 1956, se proyectan los personajes de estos tres capítulos de "Buscavidas", la descarnada y vigorosa novela de Heberto Padilla, que Ediciones "R" publicará próximamente.

Basada en la lucha de un grupo de obreros y estudiantes cubanos contra la dictadura de Batista, la novela recoge, también, las vidas de otras personas que —ajenas a la lucha revolucionaria cubana de esa época— no pudieron escapar a sus peripecias brutales.

Estos personajes son los que Heberto Padilla dibuja, con la sinceridad de los artistas de su generación que sufrieron aquellos años terribles, de los cuales dan una imagen los tres capítulos que LUNES ofrece a sus lectores.



CAPITULO 3

—No la mires tú.
—Pero es que no me quita los ojos de encima —dijo Lin.
—Mi amor, te juro que es pura coincidencia.
—Tengo miedo, Arthur.
—No tienes nada que temer.
—No sé, pero podría ser alguien que sabe...
El la miró con desesperación.
—Arthur, todo es posible —insistió ella. No conocemos este país. No podemos estar tan confiados.
—Escucha, Lin. Si esa mujer te mira es porque le da la gana de mirarte, porque eres extranjera o porque le atrae tu collar, qué se yo...
—Vámonos, Arthur... Vámonos.
—Lin, ¿estás loca?
—Vámonos al hotel; deja las cosas como están.
El le tomó las manos y las sintió frías y afiladas.
—Fue un error —dijo ella. No debemos venir aquí con la situación política que existe en el país.
—No quedaba otra salida.
—Si hubiéramos ido a Suecia...
—Tú sabes que no podíamos ir a allí.
—Bueno, a otra parte.
—Estás diciendo tonterías...
—A otra parte, Arthur.
—Estamos hablando tonterías.
—Es lo único que se te ocurre decir.
—Es que te pasas el tiempo viendo fantasmas.
¡Arthur! —exclamó Lin, perpleja por un instante.
—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó él.
—Arthur, te he seguido...
—Bueno, llega hasta el fin —dijo él bruscamente.
—No puedo —gimió ella.
—¿Para qué viniste entonces?
—Lo hice por ti, por tu maldita situación.
—Cállate.
—No quiero herirte, Arthur.
—Entonces, cállate.
—¡Dios mío! —exclamó ella. A esto hemos llegado...
—Ya es tarde, Lin.
—Tarde... tarde... tarde... Estoy cansada de oírtelo decir. ¿Por qué es tarde? Dime. ¿No teníamos derecho a algo en la vida?
—No hables tan alto, por favor.
—Es que siempre me sales con que es tarde... Entonces no debiste ni mirarme.
—Lin...
—Ni mirarme, Arthur. Si era tan tarde no debiste ni haberme mirado.
El la contempló angustiosamente. Volvió a oprimirle las manos. Temblaban. Sus ojos estaban húmedos; sus labios también temblaban.
—No me gusta reprocharte nada —dijo ella. Quisiera ser fuerte y seguir adelante. Ser tan fuerte como tú puedes serlo.
—Inténtalo, Lin, por favor.
Ella sonrió amargamente, con una sonrisa adulta, cruel. La

luz de la tarde daba un color más tenue a su piel blanca, a su frente amplia y abombada, a sus ojos tristes y claros. El volvió a repetir "inténtalo" como si en esta sola palabra apremiante pusiera toda su fuerza persuasiva. Ella miraba hacia las últimas mesas del café, hacia las barcas que se movían al final de la calle, sobre las aguas grasientas de la bahía. El aire despeinaba sus cabellos, y él contempló de perfil el mismo viejo aire fatigado de niña, los senos detrás de la blusa negra, agitados por su respiración irregular.

—¿Tú crees, Arthur, verdaderamente, en que todo saldrá bien?

Decía eso, todo. Se sentía incapaz de aludir directamente al aborto. El le tomó el mentón entre sus manos, obligándola a mirarlo.

—¿Piensas que te expondría si no estuviera completamente seguro?

Ella sonrió tristemente. Dijo:

—¿De veras tienes un solo niño?

—¿Por qué quieres hablar siempre de él?

—Dímelo.

—Lo sabes.

—Pero, ¿es ésta la primera vez que...? —Se detuvo. El la observó con inquietud.

—Quiero decir... ¿pudiste tener otros niños... alguna vez... antes? ¿Lo impediste otras veces?

—Insistes en atormentarte y en angustiarme.

—Necesito que me hables —gritó ella. No quiero rehuir nada. Necesito mirar todo lo que hago, frente a frente. Arthur, comprende...! No es igual. Mi caso no es como el tuyo. Yo no pensé nunca en ver las cosas tan monstruosa, tan cínicamente...

—¿Y cuál es la diferencia? —preguntó él con vehemencia. ¿Cuál es la diferencia? No somos unos niños, Lin.

Le contemplaba fijamente, con el vaso en la mano, sin beber.

—No somos, claro —dijo ella lentamente. Yo soy un monstruo. Y tú eres otro monstruo, meticuloso y frío también.

—No es verdad.

—¿Por que no?

—No es verdad. Estamos atrapados. Eso es todo.

—Uno pudo elegir. Hay grados.

—No los hay.

—Si me hubieras amado realmente —empezó a decir ella, sollozando.

—Lin... —trató de decir él compasivamente.

—Si hubiéramos estado dispuestos realmente, con amor, verdaderamente dispuestos ¿no habríamos podido encontrar una salida? ¿No? Se detuvo. ¿Pero la buscamos acaso? ¿Qué vimos? ¿Qué fue lo que nos aterró? El escándalo, ¿no es cierto? El escándalo, el enojo, el fastidio ante una situación que no habíamos previsto. No contábamos con el pequeño contratiempo. Queríamos jugarle una trampa a la vida.

Y se echó a reír.

—¡Una trampa a la vida...! Sus ojos seguían iluminados por las lágrimas, tristes y enojados a un tiempo.

—Y después una noche y otra noche sin hablar, esperando... esperando, ¡Oh Dios! el momento grotesco que me permitiera seguir siendo una hembra que podía sondearse sin peligros...

—Cállate o te abofeteo aquí mismo —dijo él en voz alta. Ella continuó sin oírle, precipitadamente, enjugándose las lágrimas.

—Esperando... sobresaltados y desnudos a que llegara la menstruación, a que llegara..., a que ocurriera de todos modos...

—¡Lin!

—Nos importaba poco ya el amor; lo que nos importaba era el peligro... ¡el peligro!

—¡Lin, basta!

—Ahora siento asco y fastidio y miedo y ganas de abofetearte también.

Se echó a llorar; el rostro vuelto hacia el túnel en construcción, trémula.

—Vámonos —dijo él.

—No, que todo acabe de una vez. Que llegue el que tiene que llegar, y al médico...

—Puede encontrarnos en el hotel. Comprenderá que no íbamos a esperarle en un bar toda la tarde.

Ella protestó.

—No, espera unos minutos. Así podré acostumbrarme a la idea más fácilmente.

—Estás muy pálida —dijo él.

—Hace tiempo que estoy así —repuso ella con un aire de laxitud.

—Quizás no te asiente este clima.

—El invierno es peor.

El miró el túnel; oíase el sordo traquetear de los tornos y las grúas.

Sin volver la cabeza dijo:

—Lin, sospecho que algo se ha roto entre nosotros... para siempre.

—¿Y?

—¡Te quiero tanto...!

—¿Y a esta cosa sufriente tú le llamas amor? —dijo ella y rió con esfuerzo.

—Sí, Lin.

—Amor... ¡Qué fácil... todo...! —dijo ella con desdén.

3

—Te dije una vez que acabarías por odiarme.

—No te odio.

—Sí, sí me odias —añadió él, sordamente.

—No, no te odio Arthur —protestó ella con impaciencia.

El se calló. Luego ella le oyó murmurar.

—Me gustaría pintarte así.

—No era así como te gustaba pintarme. No estoy enojada. ¿Es que me comprendes tan poco, Arthur?

—No era tu enojo lo que me gustaba pintar —dijo él. —Quisiera poder explicártelo. Ahora sé que era más bien tu angustia.

—Ya no vale la pena.

—No, no vale la pena.

—Todo ha quedado tan atrás ahora...

—¿Te duele que haya ocurrido?

Ella sacudió la cabeza.

—¡Ay —exclamó— si pudiera ser fuerte, ver al maldito médico, que todo acabara de una vez...!

—No volvería a ser como antes de ningún modo.

Ella oprimió el vaso. No había nada en él. Lo hizo girar entre sus manos.

—Dicen que la anestesia deja la boca amarga —dijo en voz baja.

—Sí.

—Creo que siempre tendré ese sabor en los labios.

—Tonterías, Lin.

—En la boca, siempre ese sabor. Mamá no lo hubiera imaginado nunca.

—Hay muchas personas que nunca lo hubieran imaginado —dijo él.

—¿Tú mujer?

—Sí. Cualquier otra cosa, es probable; pero una situación así, nunca.

—Tampoco yo. En New York, a veces, llegué a pensar que ibas a huir de mi lado

—¿Por qué?

—No sé, por cobardía. Tal vez por fastidio, porque todo había cambiado y ya no podía darte el amor que hasta entonces te di.

—Pensaste que huiría de ti. Huir, esa es la palabra.

—Y, ¿por qué no? Huir. Muchos hombres retroceden ante una situación así.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Quieres tenderme una trampa? ¡Qué sé yo...! Lo sé. Lo he oído decir a mis amigas. De todos modos lo pensé.

—Entonces empezaste a perder la fe.

—No he perdido la fe. No es de la fe de lo que se trata.

—¿De qué entonces?

—De otras cosas. Yo no era cuidadosa cuando estábamos juntos. Los hombres odian a las mujeres abandonadas en esas cosas.

—Hablas de los hombres como si hubieras conocido a muchos.

—Ya ves; hablo así y no he conocido a muchos.

—Pero te hubiera gustado...

—A lo mejor. Pero no por las razones que tú crees...

—¿Cuáles son las razones que yo creo?

—No sé, probablemente algo torcido, algo sexual. Los hombres la miran siempre a una de esa forma.

—¿Te fastidia?

—Algunas veces; pero, después de todo, ¡qué nos unió desde el principio sino el sexo? ¿Hubiéramos podido querernos de otra forma?

—Ahora eso nos separa —dijo él.

—Eso no nos separa, Arthur. No seas niño.

—Sí —gritó él. Nos separa. Eso es lo que nos separa.

Ella trató de sonreír.

—¡Qué de hombres son esas ideas, Arthur! ¡Qué de hombres!

—Me importa poco lo que pienses.

—Si no pienso nada. Es que esas ideas son de hombres. Nada más. No explican nada.

—Lin, por favor —interrumpió él.

Ella respiró fatigada, angustiada. Luchaba con él como con una parte vacilante, desesperada de su vida; hostil y fastidiosa, pero no por ello menos suya. Lo miró intensamente. Lo vio gesticulante, solitario, tratando inútilmente de reducirla con la simple estrategia de los hombres.

—Y esa mujer...

—¿Qué mujer? —preguntó Arthur, anhelante.

—No me quita los ojos de encima.

Arthur miró hacia la mesa donde Fred y pichón conversaban.

—Ella puede pensar lo mismo de ti —dijo.

—Parece simple y joven —dijo ella en voz baja.

—Yo te podría decir exactamente lo que parece.

—¿Será el esposo?

—¿El viejo? —preguntó él.

—No parece cubano.

—Ella no puede ser otra cosa. Tiene ojos de latina y la piel oscura.

—¿Serán felices?

—El parece judío —dijo Arthur.

—Nos ha mirado varias veces.

—¿Estarán celosos de cada uno?

—¿Tú crees?

—Parece cansada y pobre.

Lin suspiró.

—Vámonos, Arthur.

—¿Adónde?

—Al hotel, caminando. Apenas hemos caminado desde que llegamos. Quiero ver la gente, oírlos.

—No hablan inglés.

—Me gusta el sonido del español, aunque no lo entienda.

—Pero está anocheciendo, Lin. No conocemos bien La Habana.

—No importa, mira... vamos hacia allí, hacia aquellas lanchas, las que están iluminadas.

Lin se puso de pie, tomando a Arthur de la mano. Terminaba el día largo y empezaba el crepúsculo. Ella alzó los ojos, mirando el cielo sobre los techos de las casas pardas y sucias de Casablanca y vio cómo el azul se iba transformando en una mancha larga y rojiza. Arthur la tomó por los hombros para mirar lo que ella veía. Lin preguntó por el nombre exacto del color que estaba viendo y él le respondió que era escarlata. Era el color que más amaba, dijo ella, y Arthur contestó que él también. Ella recordó que ese era también el color de las casas de Filadelfia y comenzaron a internarse por las calles estrechas de La Habana Vieja, sin rumbo fijo, preguntándose y respondiéndose sobre el color de todas las cosas que la noche iba borrando lentamente

CAPITULO 6

—¿Ve el grupo de gente hacia la proa?

Era sólo una mancha gris entre el cielo y el mar.

—Puedo contarlos —dijo el viejo, sin volver la cabeza. Servando lo contempló de perfil.

Era pequeño, cargado de espaldas, y parecía fuerte. No inspiraba simpatía alguna. Si uno le miraba directamente a la cara, lo primero que encontraba allí eran sus ojos obstinados de pícaro.

En el salón de la barbería se movía dando saltos como un pájaro. Cuando lo vio por primera vez, a Servando le pareció ridículo; luego, mientras le cortaba el pelo, pudo oírle susurrar aquella especie de idioma intermedio que expresaba en términos franceses y españoles una constante necesidad de diálogo. Para ayudarle, Servando intentó hablarle en francés. El viejo interrumpió su trabajo mirándole con un alegre asombro. Los clientes de la barbería alzaron los ojos de los periódicos y las revistas.

El viejo comenzó a hablar en francés. Sentía placer en retar al extraño delante de los otros, reduciéndolo a un vocabulario de monosílabos; pero a Servando le simpatizaron sus alardes de viejo y la vanidad que lo movía diestramente por encima de su cabeza tijereteando, monologando.

"Ahora habla para los demás —pensó Servando. Ahora le importo bastante poco".

El viejo miró hacia el grupo absorto en los periódicos y las revistas. No le habían prestado atención. Empezó a hablar de Cuba; de los periódicos que destacaban a grandes titulares los desembarcos de rebeldes en Oriente, de la inútil persecución del ejército; de la disidencia política vuelta guerra civil y de la población hambreada y expectante. ¿No era ello un drama mucho más hondo que la supuesta decadencia de Europa? Por supuesto





que allá... Se detuvo; el pelo cortado le cubría las manos, le producía escozores en la piel.

—Por supuesto que hace dos años que vivo aquí para resolver mi entrada en los Estados Unidos —dijo en un francés más íntimo, más apagado. No conozco toda Cuba, pero a nada bueno conducen estas guerritas.

Servando asintió con la cabeza. El viejo dio un tijeretazo en el aire, cerca de su oreja.

—¡Cuidado, no se mueva! —dijo imperioso.

Servando reaccionó con brusquedad y comenzó a insultar cada una de las poblaciones francesas; pero no logró suscitar una reacción indignada o colérica. El viejo le miró tristemente, no continuó trabajando, dio una vuelta alrededor del sillón, súbitamente cohibido dentro del ancho uniforme blanco de barbero. Los clientes miraban sorprendidos y el viejo no reanudó el diálogo ni Servando encontraba palabras para intentarlo.

El viejo tomó un espejo y lo colocó junto a la nuca de Servando.

—¿Así? —le preguntó.

—Está bien —dijo Servando secamente.

—No exactamente —dijo el viejo retirando el espejo.

—Está bien así —insistió Servando.

El viejo acercó nuevamente el espejo.

—Si hubiera cortado un poco más arriba, estaría mejor; pero su pelo estaba arruinado.

—La próxima vez tendrá usted tiempo de mejorarlo —añadió Servando.

Y aquellos ojos pícaros se tornaron inesperadamente vivaces, su boca sonriente; tendió la mano con afecto. Dijo que se llamaba Alfred, pero que todos los obreros del túnel le decían "Fred". Tal vez porque les parecía demasiado pequeño para su nombre.

—0—

Esa tarde, antes de cerrar la barbería, le había dicho: "No se vaya". Fue hasta la habitación del fondo y regresó sin el uniforme blanco. Estaba vestido de gris.

—¿Tiene tiempo para hablar?

Empezó a bajar la puerta de metal. Servando le contestó que sí.

—Bueno, le invito a una cerveza en el "Lucero".

Y, después de una pausa, añadió risueño: "Alemana".

Aceptó y salieron.

Bebieron las primeras cervezas y Fred pidió otras. Servando observaba la pequeña niebla de lágrimas que cada trago producía en sus ojos. Fred bebía sorbos apresurados. No hablaba. Miraba atentamente la copa y bebía. Servando se incorporó, quería preguntarle... Fred hizo un ademán muy ágil y le extendió una carta. Tenía una escritura esparcida, nerviosa, pero legible.

—Léala, por favor. Necesito que usted la lea.

Servando comenzó a leer con inquietud. Al terminar, Fred dijo:

—¡Sufre tanto!

En su voz había algo secretamente triste, destruido.

6

Servando repitió el nombre para sí: Jeaninne. Podía imaginar a una mujer delgada y pálida, inclinada sobre la hoja de papel narrando sin esfuerzos tanto desasosiego.

—Si algo he querido evitar es que ella sufra, ¿comprende?

Servando le contestó que sí, pero Fred repetía las palabras, la pregunta, y a Servando le resultó grotesco. Esta suerte de intimidad lo desarmaba.

—¿Qué puedo hacer, Servando? ¿Qué puedo hacer?

Hablaba, reiterativo, sin alzar los ojos de la copa.

—¡Conque un cheque! —pensó Servando.

—Usted sabe que es una trampa —gritó de súbito Fred, echándole el aliento encima. Es una mala jugada de mis socios. Es una condena en ausencia... ¿Por qué no se me envió la citación a este país? ¿Por qué no se explicó todo como es? ¿Por qué no se me dijo, hombre, usted sabe, cómo realmente es...?

—"Puede ser que tú mientas —pensó Servando. Yo no soy de la mejor índole. Tengo mis reservas. No vas a hacerme creer que esto es así, porque es así..."

Fred miraba la copa; bebió otro sorbo.

Y luego esa mujer —pensó Servando—; esa mujer que podía imaginar fácilmente, inclinada sobre la hoja de papel narrando sin esfuerzo, esa mujer diseñando sombreros en un oscuro taller del East Side; yendo y viniendo entre cientos de negros y latinoamericanos; yendo y viniendo. Tuvo mucho dinero una vez. ¿Y qué se sentía? ¿Qué ocurría después, ahora, ya todo terminado? "¿Jeaninne? Si le hubieran dado a elegir un nombre... ¿Es verdad? ¿Hasta qué punto todo aquello era cierto? Un cheque..."

Fue él quien bebió una y otra vez. El ruido de los autobuses, las luces de los automóviles dando contra los grandes cristales del salón; tal vez los tragos lo hubieran amodorrado. Fred le miraba con inquietud, estaba dándole golpes en el hombro como a un dormido.

—¿Se ha mareado, Servando?

—No, estaba pensando.

—¿En todo eso?

—Sí —añadió vacilante— en eso estaba pensando...

—Pero usted me cree, Servando. Esas son combinaciones de mis socios. Ese cheque fue expedido cuando aún había dinero en el banco. Fue un ardid. Lo presentaron después. Querían alejarme de Francia. ¡Son unos bandidos! Y para ellos levanté yo un negocio durante dos guerras... Usted sabe: durante dos guerras... Europa no es lo mismo. Allí no es lo mismo... Aquí sí, en América todo es muy diferente... Nosotros tuvimos que levantar nuestras casas, nuestros negocios entre guerra y guerra... Era... era como sembrar en el hielo. Yo no soy un barbero —dijo bajando la voz. Si lo supieran en Francia... si lo supieran mis clientes de la Argentina. Este es mi pasaporte... Mírelo...

Extendió el pasaporte amarillento donde estaba su rostro de hacía ocho años, rematado por un cuño de la República de Francia.

—Vea usted: industrial; aquí dice industrial. ¿Lo ve?

—Lo sé, Fred... —dijo Servando suavemente. Lo he visto otras veces.

—Sí, se lo he mostrado ya; perdóneme...

—No tengo nada que perdonarle, Fred.

—Estoy tan confundido... Es como dar golpes contra un muro...

—Pero usted puede defenderse.

—Tomará tiempo, mi querido amigo, to-ma-rá tiempo, to-ma-rá tiem-po!

Separaba las sílabas con lentitud, con desesperación:

—No tengo veinte años —añadió casi sollozando. ¿Sabe cuántos tengo? ¿Sabe? ¡Sesenta y tres...! ¡Sesenta y tres...! Y quiero cosas prácticas... ¡Nada de engaños! ¡Nada de sueños! Quiero irme a Estados Unidos para hacerme una situación, y ahora este cheque sin fondo, esta condena en ausencia... ¡He esperado dos años aquí...! Me han hecho escribir a todas partes donde he vivido después de los diez y seis años... Hasta Constantinopla me han hecho llegar... También esta embajada de porquería... "Señor Le gaz estos son mis antecedentes penales... Señor Le gaz, quítese usted esos espejuelos, aquí están al fin mis antecedentes penales...!" ¿Se da cuenta? ¿Se da cuenta?

Golpeó la mesa con desesperación. Una de las cosas cayó al suelo.

—¿Se da cuenta?

De dentro del bar salió un grupo de curiosos. El camarero les hizo señas de que no había ocurrido nada. Servando oprimió a Fred en un hombro, suavemente.

—Tiene que haber una salida —dijo.

El barco que bordea el puerto de La Habana, venía de regreso lleno de turistas. En la distancia, Servando podía distinguir las luces de proa y el grupo de extranjeros que contemplaba la bahía nocturna.

—El Aloa —dijo Servando. Viene de regreso.

Trataba de llevar la conversación hacia otros temas. Fred observó el barco, atentamente. Sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Ve el grupo de gente hacia la proa?

Era sólo una mancha gris entre el cielo y el mar.

—Puedo contarlos —dijo



CAPITULO 7

Lucy se movió en la cama con cierto malestar. Sentía los labios resecos, afiebrados; y, al descubrir la humedad en el bajo vientre, se volvió, buscando el brazo de su hermana.

Yolanda,... —susurró, oprimiendo el cuerpecito que descansaba al borde de la cama, cerca del suyo.

Yolanda dio un salto.

—¿Qué te pasa? —musitó.

—Siento algo extraño...

—¿Qué cosa?

—No lo sé.

—¿Qué es?

—Mira...

—Pero, ¿qué? —insistió Yola, desconcertada.

—Toca... aquí.

—¿Dónde, Lucy, chica?

Lucy tomó entre las suyas la mano de su hermana.

—Aquí.

Yola se agitó, sobresaltada.

—¿Qué es éso? ¿Qué te ha pasado?

Lucy comenzó a sollozar, sin responderle. Yola volvió a tocar el cuerpo magro y tibio en que la humedad se iba extendiendo lentamente.

—Voy a despertar a mamá.

La mano de Lucy se aferró a su brazo.

—No, —gimió.

—¡Hay que llamar a mamá, Lucy!

—Espera.

—Estás loca...

Yola se dio vuelta en la cama, tratando de incorporarse, pero las manos de Lucy lograron asirla nuevamente.

—Déjame ir —dijo Yola con firmeza.

—No, todavía no —gimió Lucy.

—Pero tú estás enferma...

—No, ven conmigo primero —dijo Lucy jadeante.

—¿A dónde?

—Al baño; después la llamas.

—Tengo miedo.

—Vamos las dos.

—Si, pero yo tengo miedo.

—Nos agarramos de la mano.

—Lucy es mejor que...

—Nos agarramos bien —interrumpió Lucy, en un susurro apenas perceptible.

—Bueno, si no me sueltas...

—No te soltaré, agárrate a mi mano.

Saltaron de la cama, los pies buscando las chinelitas de cuero y lana. Se deslizaron hacia el cuarto de baño. Tímidamente, Lucy encendió la lámpara y la luz reveló de pronto la gran mancha roja. Yola dio un gritico, aterrorizada.

—Yola... Yola —dijo la voz somnolienta de Elia desde el cuarto del fondo —¿Te pasa algo, Yola?

Se miraron, desconcertadas. Elia insistía reiterativa y expedita.

—¿No me has oido, Yola?

Lucy comenzó a estremecerse en un llanto convulso.

—¿No me has oído?

Yola salió del cuarto de baño en busca de su madre. Elia llegaba alarmada.

—¿Qué pasa? —preguntó a Yola. La niña no podía articular una sola palabra. Elia penetró en el cuarto de baño.

Lucy estaba sollozando, pálida y temblorosa.

—¿Qué te ha pasado, Lucy?

Le mostró la mancha y se aferró a Elia, mirándola con terror. Elia oprimió contra su pecho la cabecita de su hija, acarició los mechones de pelo lacio y sudoroso.

—Es que... es que —intentó explicar torpemente— en cierta forma, ya eres una mujer...

Lucy la miró sin comprender.

—Es perfectamente normal —dijo. Y se volvió hacia Yola.

—Déjanos solas. Tu hermana y yo tenemos que hablar.

Yola salió de la habitación, visiblemente impresionada.

—No tengas miedo. —dijo separando la cabecita de Lucy, mirándola a los ojos tristes, enrojecidos por el llanto.

—No es nada por lo que debas tener miedo, créeme. Para una mujer es perfectamente normal lo que te ha ocurrido. Trata de pensar en esto: no será la última vez; tienes que recordar el día de hoy. En lo adelante deberás estar alerta. Oyelo bien, Lucy, porque es tu responsabilidad.

Lucy asintió con la cabeza.

—Trataré de ayudarte: durante tres; durante cuatro o tres días yo trataré. Y harás lo que yo te enseñe, pero debes aprenderlo bien para que no tengas que preguntarme nada después ¿me entiendes?

Lucy la miró como si le viera por primera vez, como si esas palabras o el rostro grave de su madre, estuvieran dirigidos a otra. Se sintió más ligera; menos grávida, extrañamente consciente de sus piernas, de su vientre, de sus senos. Quería interrogar a su madre o reprocharle algo o simplemente llorar junto a ella como si nunca hubiera llorado. Le parecía que su madre era anterior a un secreto que ella merecía compartir con el mismo derecho; y luego le horrorizó la idea de tener que aprender tan cuidadosamente las cosas que su madre le iba a enseñar, y (sobre todo las fechas).

—Vamos —dijo Elia— quitate esa ropa.

Cuando Lucy quedó desnuda, Elia contempló el cuerpecito magro, no alto y comprendió que los doce años, lejos de darle mayor vigor y altura como siempre había pensado, ahora le entregaban esta figura trémula y desamparada. Luego, comenzó a decirle a Lucy, en voz baja, lo que debía hacer.

—0—

Mientras hundía el bizcocho en la taza de chocolate, Yola no apartaba los ojos de su hermana. Hoy la encontraba pálida y un poco débil, pero le parecía más hermosa y total. Lucy sorbía lentamente el chocolate mientras Servando leía el periódico sentado en un extremo de la mesa. Elia colocaba los libros en las carteras de las niñas.

—¿Te sientes bien? —preguntó Yola.

Lucy no contestó. Servando alzó el rostro del periódico mirando hacia Lucy. —¿Qué te pasa? —preguntó.

—Lucy no pasó la noche bien —contestó Elia, mientras ponía los últimos libros y cuadernos en las maletas.

—¿No sabes, papa...? —empezó a decir Yola.

—¡Yola! —gritó Lucy con vehemencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Servando, desconcertado.

Yola bajó el rostro.

—Y tú, ¿por qué hablas así a tu hermana? —dijo dirigiéndose a Lucy.

—Perdóname, papá.

—¿Qué tiene? —preguntó Servando a Elia. —¿Acabarás tú de decirme?

—Servando, las niñas tienen que irse para la escuela. Es tarde. Yola, no es nada por lo que debas llorar. Ni tú tampoco, Lucy.

Tomó las carteras y se las entregó.

—Su padre las acompañará hasta la esquina.

Las besó en la frente y Yola, Lucy y Servando se alejaron. Elia los vio abrir la puerta y luego, sin verles, oyó el ruido lento de los pasos bajando los escalones de madera.

A través de la ventana vio el autobús acercarse y detenerse, y a Yola subir con precipitación, mientras Lucy lo hacía cuidadosamente. Servando quedó solo, mirando el autobús que se alejaba gradualmente.



MANUEL DIAZ MARTINEZ, joven poeta, anticipa a los lectores de LUNES estos bellos poemas de amor, parte de su libro "EL amor como ella" ya en prensa.



PONGO mi ternura sobre tu frente:
¡Fíjate qué blanca aquí!
Ni un ave solar es más blanda
ni más luminosa
ni más fiera.
Tu piel crece y crece bajo mi piel,
Me iluminan las palabras que vuelan de tus labios,
el aire que vuela de tus labios,
siento el fuego de mi ternura,
tú lo sientes,
y qué fiera,
qué fiera,
mi niña...,
mi niña...!



AQUELLOS días no tenía en quién pensar.
Después del desayuno
andaba sobre las aceras y los buenos días vecinales
El Periódico me esperanzaba,
y a la noche el cine.
Mis días
pequeñitos
caminaban en puntillas detrás de mi sombra.
Un día
el sol golpeó en mi corazón con sus dedos más largos
Y contesté con los brazos abiertos.
A veces no tendré respuestas,
pero ya me hago preguntas acerca de sus ojos
e inquieto la nostalgia de su calor.
¡Qué locura de encuentros!
Ahora toco a las puertas de casa
y me abren los recuerdos.



¿QUE quieren ustedes?
Amo, y no silenciosamente.
¿Quién quiere que me calle en medio de estas voces?
La generosidad procrea,
la Revolución abre las alas
y yo echo a volar mi corazón.
La voz de ella va aquí,
junto a mi pancarta,
subiendo por mi brazo
hasta la última letra de la consigna.
Yo grito y amo aquí,
en medio de los fusiles dispuestos
y los emblemas sonoros de la multitud.

EL AMOR como ELLA

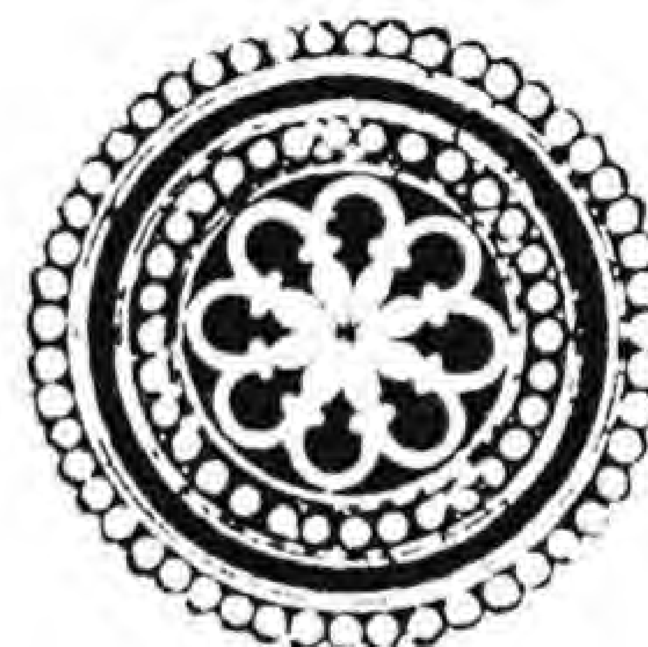
EN tus ojos,
mi niña,
agua de la noche oscura
y apasionado acento,
la rosa libre de mi ternura crece,
avanza sobre las sombras de tus líquidos ojos,
aparta sus horizontes unos tras otros,
galopa como un corcel de niebla
completamente ciego,
y rueda muerta con toda su vida
hasta allí,
mi niña,
hasta la luna honda de tu boca.

EN tus pechos,
mi niña,
amanecen las flores del agua
y mis noches giran y giran
como luciérnagas.
¿Qué ciudad de mármol
o qué bíblica alegoría es más regia
—dime—
que la bondad de tus pechos?
Callejuela blanca donde me enamoro
allí pongo mi cabeza,
golpeada de días y recuerdos,
¡y qué dulce rumor el silencio que ocultan!
Toda la fragancia del océano
en la flor redonda de tus pechos;
todo el rumor de la ternura
en las tibias caracolas de tus pechos;
toda la sal de los peces
en el tímido salto de tus pechos;
todo el ángel de la fruta
en la pulpa viva de tus pechos;
toda la fuerza de los animales,
en el hambre dura de tus pechos;
todo el júbilo de la primavera
en la leche amanecida de tus pechos...

En ellos,
como una hoguera en medio del mar y de la noche,
está el origen puro del amor.
Los vientos fríos
y las viejas tormentas,
mi niña,
mueren en la paz fulgurante de tus pechos.







LA NECESIDAD DEL ARTE

Por ERNST FISCHER

He aquí un texto difícil, pero necesario. Su autor, Ernst Fischer, es un importante marxista austríaco. En este trabajo —que hay que leer con atención, porque su lenguaje es el de la alta estética— Fischer dilucida la eternidad del arte por su necesidad y lo hace a la luz de los textos marxistas. Se trata del primer capítulo de su libro "Von der Notwendigkent der Kunst", editado por la editora "Verlag der Kunst", de Dresden, R.D.A. Actualmente nuestro Ministerio de Educación termina de traducirlo y prepara su próxima publicación. Al Ministerio y a la Editora, nuestras gracias por permitirnos imprimir el ensayo de Fischer en "LUNES", por primera vez en español.

"La poesía es indispensable. ¡Si al menos supiera para qué!... Con esta salida, encantadora por su aire paradójico, el viejo vanguardista francés Cocteau comprueba el carácter de indispensable que tiene el arte, no menos que el hecho de que, en el mundo burgués tardío, se halla expuesto a toda clase de dudas.

El pintor vanguardista Mondriqn habló de una posible "desaparición' del arte. La realidad, pensaba él, sustituye cada vez más a la obra de arte, precisamente por ser la obra de arte el sustituto de la falta de equilibrio de la realidad. "El arte irá desapareciendo a medida que la vida vaya ganando en equilibrio".

Pero también en la concepción del arte como vida "supletoria", como medio de llevar al hombre al equilibrio con el mundo que lo rodea, se encierra un conocimiento parcial acerca de la esencia del arte y de su carácter de indispensable. Y, sin embargo, en el hecho de que no hay lugar a esperar, ni siquiera en la sociedad más evolucionada, un perfecto y permanente equilibrio del hombre con el mundo que lo rodea vemos la garantía de que el arte no sólo fue indispensable en el pasado, sino que seguirá siéndole indispensable al hombre.

Pero, ¿es en realidad el arte sólo un sustituto? ¿No es posible reconocer en él una más honda relación del hombre con el mundo? ¿Y se puede en general reducir su función a una fórmula única? ¿Acaso no tiene que satisfacer necesidades varias y cambiantes? Y, en el caso de que, fijándonos en su origen, le asignemos una función original, ¿no es cierto que, en el curso de los cambios sociales, han tenido también lugar cambios en la función del arte, y se han constituido nuevas funciones?

En las páginas siguientes trataremos de dar una respuesta a esas preguntas, siempre partiendo de la convicción de que el arte fue, es y seguirá siendo indispensable.

Ante todo tenemos que darnos cuenta de que estamos inclinados a tomar por evidente por sí mismo un fenómeno en realidad sorprendente. Es, en efecto, sorprendente que innumerables seres humanos lean libros, oigan música, vayan al teatro y al cine, y eso, propiamente, ¿para qué? Se dice: andan buscando diversión, relajación, entretenimiento; pero esa es una respuesta que no explica nada. ¿Qué razón hay para que divierta, relaje y entretenga introducirse en una obra y un destino ajenos, identificarse con la música y con las imágenes de la pintura y la escultura, con las figuras de una novela o una pieza teatral, o de una película, y participar en tales "irrealidades" como si fuesen realidades de más alto precio? ¿Qué extraño y misterioso "entretenimiento" es ése? Y cuando se dice que el hombre se refugia, fuera de su existencia insatisfactoria, en otra existencia más rica, en una experiencia sin riesgo, uno debe seguir preguntando: ¿por qué resulta insatisfactoria la propia existencia? ¿Por qué nos lleva ese deseo a volcar nuestra propia existencia colmada en formas e imágenes ajenas, a fijar nuestra vista, desde un espacio oscuro, en la luz de un escenario, a participar internamente en algo que, de todos modos, no pasa de ser un juego?

Es evidente que el ser humano quiere ser algo más que meramente él. Quiere ser un ser humano total. No se satisface con sólo ser un particular, quiere salir de la fragmentación de su existencia particular hacia una presentida y exigida "totalidad", hacia una plenitud de la vida de la cual le frustra la individualidad con sus limitaciones, hacia un mundo más límpido y justo, hacia un mundo que tenga un sentido. Le subleva la idea de tener que consumirse en su finitud, en su individualidad pasajera y contingente, y quiere entrar en relación con algo que sea más que un yo, algo que lo trascienda y que sin embargo pertenezca a su esencia, algo que lo libere de la estrechez de su ser determinado en un espacio y un tiempo dados. Está ansioso por acoger en sí mismo el mundo en torno, por apropiárselo, y se esfuerza por dilatar, mediante la ciencia y la técnica, su yo curioso y mundano llevándolo hasta las estrellas más lejanas y las más sombrías profundidades del átomo, y por unir, mediante el arte, su yo limitado con una existencia en común, por socializar su individualidad.

Si el hombre fuese, según su esencia, sólo un particular, sólo una individualidad, sería ese deseo incomprensible y absurdo; ya que, como particular, como individualidad, sería él ya sin más una totalidad, todo lo que él es capaz de ser. En su deseo de alcanzar su ser completo se puede reconocer el hecho de que, según su esencia, él es más que un particular y una individualidad, que se siente a sí mismo como un fragmento y una posibilidad imperfecta, y que sólo puede llegar a su totalidad cuando se apropie lo que es la experiencia de otra cosa, pero potencialmente podría ser lo propio de uno. En lo que el hombre presiente como su posibilidad está comprendido todo lo que sólo la humanidad en conjunto está en disposición de llevar a cabo. El arte es un medio indispensable para el logro de esa fusión del ser particular con el todo, de su socialización infinita, de su participación en las experiencias, aventuras e ideas de todo el género humano.

Pero ¡alto! ¿No será demasiado romántica esa definición del arte como unión con la realidad total, como desbordamiento del ser particular en el mundo, como deseo de propia identificación con lo que no se es? ¿No representará una conclusión demasiado precipitada la que deriva de la indentificación, francamente histérica, con el héroe de una película o una novela en un mundo fragmentado y enajenado una función general y original del arte? ¿No debe reconocerse en el arte también lo opuesto de esa entrega "dionisíaca", el elemento "apolíneo" del entretenimiento y la satisfacción, que estriba precisamente en el hecho de que el contemplador no se identifica con las formas artísticas sino que se distancia de ellas, a través de la realidad formada y mediada vence el poder inmediato de la misma, y halla en el arte la libertad más serena capaz de descubrirle la "seriedad" de la vida? ¿Y no se da en el propio artista también esa doble circunstancia, de una parte la emoción causada por la realidad que lo agobia y de otra la dicha de subyugarla que resulta de una labor llevada a cabo no en estado de embriaguez "intuitiva", sino soberanamente consciente y racional que concluye en la obra de arte como realidad subyugada?

La emoción no pasa de ser una disposición para el arte: para ser un artista hay que concebir, retener, obligar a la experiencia a convertirse en memoria, el recuerdo en expresión, la materia en forma. El sentimiento no lo es todo: uno debe comprender su profesión y hallar su dicha en ella, en todas las reglas y artificios, formas y convenciones, con las cuales se domeña a la naturaleza, la rebelde, y se la somete a la norma artística. La pasión consume a los dilettanti, mientras que está dispuesta a servir al maestro; y el artista no es el desgarrado por la bestia sino el que la doma. El arte necesita de la tensión, de la contradicción dialéctica, por la cual no sólo representa el desbordamiento de la realidad vivida sino también algo "hecho", lo obtenido a través de la distancia que acaba en forma y de la doma que resulta en juego. Ya Aristóteles, a quien no raras veces se ha mal entendido, señaló que la función del drama es "purificar", vencer el temor y la compasión, liberar al hombre que se identifica con Orestes o Edipo de esa identificación, levantarlo por encima del ciego "destino". La "cadena" de la existencia queda temporalmente abolida, pues el arte "encadena" de otro modo que la realidad, y ese encadenamiento liviano y transitorio es incluso la esencia del "entretenimiento", de la diversión provocada hasta por la obra trágica. Bertolt Brecht habla de esa diversión, de esa esencia liberadora del arte: "Nuestro teatro debe estimular el deseo de conocer, y organizar la dicha producida por la transformación de la realidad. Nuestros espectadores no sólo deben enterarse de cómo se libera a Prometeo encadenado sino también sentir el deseo de liberarlo. Todos los deseos y satisfacciones de los inventores y descubridores, el sentimiento de triunfo de los liberadores, deben aprenderse en nuestro teatro".

En una sociedad del período de la lucha de clases señala Brecht que la acción "inmediata" de la obra de arte, exigida por la estética dominante, elimina las diferencias sociales del público y pone, para mientras dure el goce artístico, una esencia "colectiva"

conforme con lo "humano genérico" y no con la división en clases. La "dramática no aristotélica", a la que él se adhiere, tiene la función de dividir al público. Lo cual lleva a la anulación de la oposición originada en el mundo capitalista entre la razón y el sentimiento. "Ambos, la razón y el sentimiento, se depravan en la época del capitalismo, a medida que éste se acerca a su fin, y degeneran en una estéril oposición mutua. Por el contrario, las nuevas clases en plena ascensión y aquellos que luchan a su lado, se las ven con la razón y el sentimiento en una oposición sumamente fecunda. Los sentimientos nos empujan a la más extrema tensión de la razón y la razón purifica nuestros sentimientos". En el mundo de la **autoenajenación** en que vivimos, la sorprendente realidad social debe destacarse bajo una luz inesperada e incluso, por ese medio, presentarse como cognoscible y cambiable recurriendo al **"enajenamiento"** de la materia y de las formas. No es a través de la identificación pasiva sino a través del llamamiento a la razón, que fuerza a la actividad y a la decisión, como debe la obra de arte apoderarse del público. Es preciso que en la representación dramática se traten las reglas de la vida en común "como provisionales e imperfectas", para llevar al espectador a una actitud fecunda sobre el espectáculo una vez éste ha terminado, y conducirlo a la reflexión y finalmente a pronunciar juicio: "Uno no tiene derecho a obrar así. Eso es muy extraño, casi increíble. Eso debe terminar..." Y así el espectador, que es un trabajador, en su teatro podría "saborear como entretenimiento sus terribles e incesantes trabajos por procurarse la subsistencia, incluido el temor de sus perpetuos cambios. Aquí se hace él fecundo del modo más liviano; pues el modo más liviano de existencia está en el arte".

Sin tomar al "teatro épico" del genial **Brecht** por el único método artístico posible en un mundo de clases trabajadoras en lucha, me he referido a esa importante teoría para hacer visible la dialéctica del arte en sus cambios de función dentro de una sociedad también cambiante.

En la evolución del arte su finalidad ha sufrido cambios en muchos respectos, y su función en una sociedad diferenciada con división de clases y lucha de clases es muy distinta de su función original y elemental; y hay algo, sin embargo, que surge de la esencia de su acción en todas las formaciones sociales y que hace posible que también nosotros, hombres del siglo XX, participemos de la fuerza encerrada en las antiquísimas pinturas rupestres y en los más arcaicos poemas. Después de caracterizar a la épica como la forma artística propia de una sociedad no evolucionada, Karl **Marx** añadía: "Pero la dificultad no está en comprender que el arte y la épica griegos estén ligados a determinadas formas de evolución social. La dificultad estriba en que todavía nos proporcionan goce artístico y en ciertos respectos valen como normas y modelos inaccesibles". Su respuesta a la dificultad fue la siguiente: "¿Por qué no habría de ejercer un eterno atractivo, como un estadio irrepetible, la infancia social de la humanidad, en la cual ésta se manifiesta en su mayor belleza? Hay niños malos y niños precoces. Muchos pueblos antiguos entran en esa categoría. Los griegos eran niños normales. El atractivo que su arte tiene para nosotros no está en oposición con el estadio social no evolucionado de donde procede. Es más bien su resultado y está más bien inseparablemente unido al hecho de que las tempranas condiciones sociales bajo las cuales nace y solamente podía nacer no podrán nunca repetirse". Se podría dudar de que los griegos hayan sido "niños normales" más que todos los demás pueblos; y en otro contexto **Marx** y **Engels** suscitaron la problemática de la antigüedad griega, con su desdén al trabajo, su degradación de la mujer, y su erotismo, reservado solamente a los muchachos y las heteras. Desde entonces hemos conocido todavía muchas más cosas acerca de esa problemática, y acerca de los lados sombríos de la belleza, la serenidad y la armonía griegas, y nuestra imagen de la antigüedad sólo en parte concuerda con la que contribuyeron a formar **Winckelmann, Lessing, Goethe, y Hegel.** Los hallazgos y conocimientos arqueológicos, etnológicos e históricos culturales de nuestro siglo ya no nos permiten concebir el arte clásico griego como nacimiento e infancia, sino que en él vemos algo tardío y maduro, y en su perfección en la época de **Pericles** los primeros y casi imperceptibles signos de la decadencia y corrupción. Muchas de las obras, tildadas de clásicas, de los escultores que siguieron al prodigioso **Fidias,** muchos de esos héroes, atletas, discóbolos y aurigas nos parecen hoy, en comparación con las creaciones egipcias o micénicas, hueros e inexpresivos. Pero, de proseguir con estas consideraciones, nos alejaríamos demasiado de la cuestión planteada por **Marx** y de la respuesta que él le dio.

En su misma condición del más grande pensador revolucionario europeo, **Marx** tuvo que habérselas con la antigüedad de un modo muy profundo y extenso. Reconociendo en la filosofía griega el comienzo del pensamiento libre, dialéctico y científico, y admirando la casi inconcebible perfección de la literatura griega (¡qué extraordinario fenómeno se encierra en la plenitud, riqueza, concentración poética y equilibrio de los poemas homéricos!), Marx apreciaba la eminente significación de la antigüedad para el progreso de la humanidad, y si bien es verdad que la imagen histórica que él se había formado fue enriquecida con nuevos rasgos, sin embargo no fue cambiada. Y ha pasado a ser uno de los asuntos más importantes el proteger esa imagen histórica humanístico-revolucionaria contra los modernos místicos que precian las razas inarticuladas por encima del lenguaje articulado y las máscaras de los fetiches por encima del rostro humano.

Para nuestro problema lo esencial es que Marx ve en el arte temporalmente condicionado de un estadio social no evolucionado un **momento de la humanidad** y reconoce su fuerza en que actúa más allá del instante histórico y ejerce eterno atractivo.

Evidentemente ocurre que, si bien el arte está en cada caso temporalmente condicionado, sin embargo representa la realidad como corresponde a las concepciones y exigencias, necesidades y esperanzas de una formación social, y que, con todo, trasciende al mismo tiempo esas limitaciones y en el instante histórico conforma a la vez un momento de la humanidad y su progresiva evolución. No debemos cerrar los ojos ante la continuidad que recorre todas las luchas de clases, las bruscas transiciones y las metamorfosis de la estructura social; como el mundo, también la historia de la humanidad es, no solamente un **discontinuo** lleno de contradicciones, sino también un **continuo.** Lo más arcaico, y al parecer desaparecido, se conserva en nosotros, actúa, en nuestra conciencia a menudo se agita, brota de repente y nos habla, como las sombras del Hades a quienes Ulises dio su sangre a beber. En épocas diferentes, de acuerdo con la situación social y las necesidades de las clases en ascenso o en decadencia, serán distintas las cosas, ocultas y olvidadas, que volverán a ver la luz y despertarán a nueva vida; y de la misma manera que no hubo casualidad ninguna en el hecho de que **Lessing** y **Herder**, con su rebelión contra todo lo feudal y cortesano, contra toda la patética hinchazón que se adornaba con pelucas y alejandrinos, descubrieran a **Shakespeare,** igualmente no hay nada casual en el hecho de que el mundo burgués tardío, con su negación del humanismo, con el carácter fetichista de sus instituciones, vuelva en sus concepciones literarias y artísticas al fetichismo primitivo y construya falsos mitos para escapar a los auténticos problemas.

De la misma manera que las distintas clases y los diferentes sistemas sociales, a pesar de que desenvuelven su propia ética, sin embargo contribuyen con ello al desenvolvimiento de una ética general humana (por ejemplo, el concepto de libertad corresponde en cada caso a los supuestos y limitaciones de una clase y no obstante tiene tendencia a ampliarse en un concepto de libertad omnicomprensivo), así mismo se revelan en el arte temporalmente condicionado rasgos duraderos de la humanidad. En la medida en que **Homero, Esquilo** y **Sófocles** reflejan en sus simples situaciones una sociedad que descansaba sobre la esclavitud, están temporalmente condicionados y anticuados; en la medida en que en esa sociedad descubren la grandeza del hombre, dan forma a sus conflictos y pasiones, y dejan entrever sus infinitas posibilidades, no han perdido nada de su frescor primero. Prometeo, que trajo el fuego a la tierra, Ulises, con su errabundez y su retorno a la patria, el destino de Tántalo y de su familia, todo eso conserva para nosotros su fuerza original. Y aunque hubiera lugar a considerar el **asunto** de Antígona, la lucha por la digna sepultura de un consanguíneo, como desprovisto de toda actualidad y necesitado de comentarios históricos, sin embargo la **forma de la** Antígona es hoy tan conmovedora como antes y siempre mientras haya hombres seguirán produciendo su efecto impresionante estas palabras: "No nací para compartir el odio, sino el amor". Y a medida que vamos progresando en el conocimiento de artes aparentemente caducas, más y más claramente vemos lo que hay de común y permanente en lo heterogéneo, y un pedazo tras otro van componiendo una única imagen de la humanidad.

De un material que cada vez resulta más rico debemos concluir que el arte en su origen era **magia**, un recurso mágico para el dominio de la desconocida realidad. En la magia estaban reunidas indistintamente e igualmente en germen la religión, la ciencia y el arte; sólo se diferenciaron en una sociedad diferenciada. La función mágica del arte fue progresivamente suplantada por la función de descubrir conexiones sociales, de ilustrar al hombre en una sociedad cada vez más opaca, de ayudarlo a comprender y cambiar la realidad social. Una sociedad más organizada, con sus múltiples relaciones y sus luchas de clases ya no se puede representar en el modo mítico; en una sociedad semejante se requieren el conocimiento realista y la conciencia omnicomprensiva, se impone la tendencia a romper con las formas trabadas y cerradas, en las cuales sigue actuando lo mágico, y a saltar a una forma abierta, a la falta de trabas representadas tal vez por la novela. Pero, aunque con las transformaciones de la sociedad y con la ascensión o decadencia de una u otra clase obtenga en cada caso un más alto valor éste o el otro elemento del arte (la sugestión mágica o la iluminación racional, la embriaguez o el afán intelectivo, la ensoñación o la vigilia, la nebulosidad o la claridad meridional), sin embargo nunca es el arte sólo la descripción científica de la realidad; su función permanente es la de conmover a **todo** el hombre, la de hacer posible la participación del yo en una existencia y un destino ajenos, la de capacitarlo para la identificación con el **otro,** para la apropiación de lo que él no es y que no obstante puede ser. Y ni siquiera un gran iluminador como Bertolt **Brecht** actúa sólo mediante la razón y los argumentos, sino también mediante el sentimiento y la sugestión; no sólo se debe su efecto a que él "contrapone" el público a la obra, sino también a que se "pone" él "dentro" de la obra. Tenía él conciencia de eso, y había notado que no nos encontramos aquí con una oposición absoluta sino que se trata pura y simplemente de una diferencia de acento. "Se puede así preferir, dentro de un instrumento de comunicación, la sugestión sentimental o la persuasión racional". Si bien es cierto que para una clase cuya determinación es cambiar el mundo la función esencial del arte no reside en la magia sino en la **iluminación** y en la dirección de la acción, es igualmente cierto que no se puede eliminar del arte un resto "mágico", ya que sin ese aliento original dejaría de ser arte.

En todas las formas de su evolución, en su noble dignidad y en su carácter lúcido, en su fuerza persuasiva y en sus hipérboles, en su desorden y en su racionalidad, en su representación de la realidad y en sus fantásticas iluminaciones, tiene el arte algo que ver con la magia.

El arte es indispensable, por ser gracias a él el hombre capaz de conocer y cambiar el mundo, pero indispensable también por obra de su magia inmanente.

(Traducción del alemán por Juan Ferraté).

cartas de Lunes



SOBRE DIBUJOS DE JULIO GIRONA

"Oye chico, ¿qué es ésto?"

"Deja ver, dice... mancha y línea alucinante... sí, alucinante cantidad, porque no hay quién la entienda".

Este comentario (oído al azar) sobre los dibujos que aparecen en la última página de Lunes de REVOLUCION de hoy me intrigó. Soy aficionada a la pintura y estoy acostumbrada a admirar el buen gusto, además del mensaje revolucionario de las ilustraciones que siempre acompañan estas páginas. Qué desengaño el mío cuando al llegar a casa busqué, y reconozco que fue fácil pues salta a la vista, la causa del comentario.

Y es amparándome en el inciso C del 5to. punto del "Manifiesto de los Intelectuales y Artistas" (Pág. 17), que invita a la critica, que me animo a preguntarle:

¿Dónde quedó esta vez, el alto criterio artístico que siempre destaca este suplemento?...

El arte es para el pueblo, para su revolución: ¿Qué hacer cuando lo que se llama o llaman arte, no se entiende ni dándole vueltas...? Como bien oí en el comentario ...del pueblo...

¿No estamos en un momento en el cual debemos hablar claro, pintar claro. estar claro? ¿O cree usted, que nuestro pueblo entiende estos dibujos? Dibujos que carecen de todo, hasta del mensaje social, tan fundamental como necesario en nuestra Revolución Socialista. Dibujos que no expresan el sentir popular.

Seleccionar este arte obscuro, y confusionista para las páginas de este notable educador del pueblo, ha sido... digamos.., una decisión desafortunada, ¿no le parece?

De usted revolucionariamente.
Margarita Horruitiner de Schenkel.

● **Julio Girona es un honesto artista cubano. Publicamos sus dibujos de la misma manera que solemos publicar los de otros dibujantes. Necesariamente no todo lo que no se entiende es malo.**

CIENCIA-FICCION Y TV

La Habana, Mayo 22 de 1961
"AÑO DE LA EDUCACION"

Por la presente, quisiera conocer de usted, si la sección A partir de Cero, del LUNES, continúa abierta a todo escritor nuevo, y si una persona que por primera vez escribe algo, siendo esto, un cuento de ciencia-ficción, podría enviarlo a dicha sección.

He escogido la ciencia-ficción, por ser mi novela preferida y creo que es injustamente subestimada, y no creo como muchas personas, que sólo grandes potencias con adelantos científicos notables, puedan tener gran profusión de novelas de ciencia-ficción.

También creo, que en su programa Lunes en Televisión, debieran presentar aunque fuese una sola vez, algo de ciencia-ficción, donde hay muy buenas novelas, sobre todo, novelas clásicas como "Viaje al Centro de la Tierra", etc., de Verne.

La televisión cubana, ha dividido su programación, estrictamente en dos ramas, el Drama y la Música. No dejando lugar a programas de aventuras, simples programas de entretenimiento, que mientras no lleven un mensaje dañino, deberían televisarse, para hacer nuestra TV más amena.

Manuel Torres Aldama.
Virtudes número 821,
Habana.

SOBRE "LUNES"

Puede afirmarse que no ha existido en Cuba, en ningún tiempo, una organización publicitaria más generosa en el tratamiento de los temas teatrales que el periódico REVOLUCION, en su esperado Suplemento de los lunes, en el que, con frecuencia digna de aplausos, se publican obras de teatro de nuestros autores, integras.

Sin mencionar, desde luego, las publicaciones creadas para el comercio con estos temas (que no dejan de ser útiles, porque atraen la atención del público hacia la escena y su gente), sólo la revista "Prometeo" de Morín se ha orientado hacia el teatro con pareja seriedad.

Siendo la dificultad para el estreno o la publicación el obstáculo tradicional a un desarrollo pleno y definitivo del teatro cubano, altamente beneficiosa esa política publicitaria de LUNES. En el mismo sentido se produce el Departamento de Publicaciones de la Universidad Central de Las Villas.

Los que amamos el teatro cubano y luchamos por él, cada uno a su modo y de acuerdo con su criterio y temperamento, nos sentimos satisfechos y agradecidos.

Carlos Felipe.

CARTAS A LUNES

Bauta, 11 de mayo de 1961.
AÑO DE LA EDUCACION.

"No quiero halagarles una vez más diciéndoles lo que significa para los que nos gusta leer y aprender, Lunes de REVOLUCION. Y para los que desearíamos alguna vez ser parte de él...

Vaya nuestra mejor prueba de admiración".

Revolucionariamente, ,
Clara A. Días Gómez.

Avenida 253 Nº 15,011, Bauta,
La Habana.

Ante todo reciban ustedes una felicitación más sincera del más humilde de sus admiradores, por la gran labor de difusión literaria que ustedes realizan al frente de esa importante publicación que se llama Lunes de REVOLUCION.

Quisiera pedirles dos cosas. Primero, quisiera saber si van a sacar la segunda parte de "LUNES va al cine" y si ya se decidieron a publicar el número dedicado a Lorca, el cual estamos esperando los lectores con gran interés.

Felicite de mi parte a todos los que colaboran con ustedes en LUNES principalmente al gran Piñera. Sin más, quedo de Uds.

Rolando Hernández.
Enrique Junco 9,
Jovellanos, Matanzas.

Después de leerme Lunes de REVOLUCION titulado "Al Combate", correspondiente al 16 de mayo, quiero expresarles que ha sido tal mi emoción con dicha lectura, que al día siguiente amanecí con los ojos hinchados de llorar; se la he recomendado a todas las personas con quienes he hablado y en mi opinión modestísima pero de profesora con experiencia, creo que debía constituir lectura permanente en todas las clases de adoctrinamiento de nuestra Revolución.

El que lea este LUNES se siente más cubano, más patriota, mas ligado a la Revolución y la admiración y respeto que sentíamos por nuestras Fuerzas Armadas y las Milicias se triplica o cuadruplica, al ver cómo abundan los casos de heroísmo multiplicados en cada una de las ramas de las Fuerzas Armadas, asi como en cada uno de los Batallones que tomaron parte en el frente de batalla contra la invasión a nuestra Patria. Queda de ustedes, atentamente:

Inés M. Gramatges.
La Habana, mayo 17 de 1961.



AÑO DE LA EDUCACION

El motivo de la presente es para felicitar a usted y a todos los periodistas que tomaron parte en el último número de LUNES dedicado a los héroes de Playa Girón.

Como también es motivo de felicitación los escritos de Fausto Canel y Rine R. Leal, considerando que ése no es el tipo de reportaje de sus especialidades, lograron dos interesantísimos reportajes. Es admirable el amor que sienten estos dos periodistas por ésta, nuestra Revolución.

Rafael González.
12 Nº 403
Vedado,
Habana.

● **Simplemente muchas gracias.**

POETA POPULAR

Amigo Guillermo, como asiduo lector de este órgano, que usted con tanto acierto se digna dirigir, me he propuesto remitir a su consideración este soneto, si es que a lo que escribo se le puede llamar poesía, para que usted le dé cabida en su "Lunes". Son rústicos y pobres, pero es lo que puedo ofrecer y que sinceramente ofrezco como aporte a su gran "Lunes de Revolución".

AYER Y HOY

Indómito feroz imperialismo,
ayer fuiste la bestia en escenario,
hoy es tu domador el proletario
y tu freno de acero el socialismo.

Ya murió para siempre tu egoísmo
tu batalla impetuosa, reaccionario,
teniendo que pagar mejor salario
al sector más sufrido, (el obrerismo).

Recordando las viejas tradiciones,
tú quisiste inmiscuir las religionès,
hoy todos tus intentos han fallado

porque ahora cabálgate un jinete
que te clava la espuela hasta el jarrete
y el freno que te ha puesto, es acerado.

Félix Brito Sanchez
Vapor 58. La Habana.

UN AMIGO BULGARO

A Fidel

No tenemos nada
con vosotros
los de Casa Blanca,
los yanquis.

No nos separe más
el aire,
el agua del océano

Sólo la patria
nos llama—
Patria o Muerte!

Como quererte,
y como quiero verte
libre, Cuba,
mía Cuba,
Cuba mía!

Y como quiero verla
por la noche
tu estrella
de libertad,
besarla
con cariño
nuestra tierra,
y luego ay, que muera,
pero
como los árboles
viven y mueren
sin descanso...

No tenemos nada
con vosotros, yanquis,
los de Casa Blanca!

Panauot Jochivioff
Mostova 27. Rousse. Bulgaria.

La Comisión ejecutiva del Comité Gestor del Congreso Nacional de Escritores y Artistas, acordó posponer la apertura del mismo para el 18 de agosto.

cartas de lunes



mayo 30 /61

Sr. de Lunes el profesor le mando
esta carta con unas ~~poesias~~ poemas que yo
escribe como me llamo Juliana tengo
siete años llamenme a mi casa
al 21-08-96 si no contestame
esta carta le escribe Juliana
Garcia Hernandez

Reparto Siboney
calle 182
127

JULIANA GARCIA FERNANDEZ

Juliana tiene siete años y ha escrito estos poemas y los ha enviado a LUNES



la familia

Crac, crac, dice una rana
Croc, croc, dice el sapo.
El sapo toro dice cruc, cruc, cruc.
Ya está la familia sapo
Crac, crac, croc, croc, cruc, cruc.

los caballos trotan

Tron, tron, los caballos trotan.
Tron, tron, tron, tron,...
los caballos siguen trotando.
Tron, tron, tron, tron,
los caballos pararon de trotar.
Los caballos comen yerba
y nunca paran de comer.
Los caballos ya pararon de comer
verde yerba.
Ahora empiezan a trotar otra vez
Tron, tron.